

# La Ilustración Artística



AÑO XIV

← BARCELONA 23 DE SEPTIEMBRE DE 1895 →

NÚM. 717



LOS DOS HIJOS DE RUBENS, cuadro de Rubens  
(de fotografía de Braun, Clement y C.<sup>a</sup>, de Dornach)

A. Schuler, chm

## SUMARIO

**Texto.** - *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Semblanza. Manuel Bretón de los Herreros*, por Enrique Corrales y Sánchez. - *Tertulia de viejos*, por M. Ossorio y Bernard. - *Nuestros grabados.* - *Las dos banderas*, novela original de F. Moreno Godino, con ilustraciones de Cabrinety (conclusión). - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Neumático de henchidura automática.* - *Una explosión formidable de nitroglicerina.*

**Grabados.** - *Los dos hijos de Rubens*, cuadro de Rubens. - *Manuel Bretón de los Herreros.* - *Los últimos momentos de Dorrego*, cuadro de Cotanda. - *Flor del bosque*, cuadro de Faustó Zonaro. - *Tres dibujos chinos anticristianos.* - *En el baño*, fotografía artística de Guarduce. - *Regreso de la casa*, cuadro de Ernst. - *Jóvenes húngaros*, cuadro de J. Valentiny. - *En pleno verano*, cuadro de Marco Stone. - *El general D. Fidel Alonso de Santocildes.* - *El archiduque Ladislao de Austria.* - Neumático de henchidura automática. - Efectos de una explosión de nitroglicerina. - *Epllogo*, cuadro de Vicente Cutanda.

## CRÓNICA DE ARTE

No pretendo ocuparme en esta *crónica* del arte que se produce en los *estudios* de los artistas; me limitaré a dar algunas noticias y a dedicar un recuerdo al que fué en vida Alfredo Perea.

Pertenecía Perea a la generación aquella que puede considerarse como precursora del renacimiento pictórico realizado por Rosales, y al que coadyuvaron Palmaroli, Sans, Domingo, Mercadé y otros artistas, quienes, ya muertos unos, otros caminando hacia el ocaso de su existencia, dejaron inscritos sus nombres en páginas imperecederas. Entre esos artistas existía un grupo formado por los hermanos Rico (Bernardo y Martín), Rui-Pérez, Zamacois y Jiménez: de este grupo formaba parte Alfredo Perea. Poco conocidos en España, a excepción de Bernardo Rico, las obras de estos pintores apenas ejercieron influencia en la marcha de nuestro arte pictórico: mas no por eso pasaron inadvertidos, pues los escasos cuadros que de ellos se conocieron en nuestra patria tuvieron como revelación de un nuevo rumbo a la pintura, el de género y de costumbres.

Perea, educado en el gusto parisiense, el cual influía de un modo casi absoluto en todos sus citados compañeros, dibujaba con gracia y muy correctamente; la línea era un tanto afeminada; el toque brillante y delicado. Si no poseía una tan viva imaginación y no era tan hondamente epigramático como Zamacois, ni tan sólido como Rui-Pérez, tenía en cambio muy buen gusto y manejaba la acuarela magistralmente.

Después de largos años de residencia en París, donde hacía la vida de los últimos bohemios, regresó a Madrid. Por entonces los acontecimientos políticos y el gran movimiento literario que a pesar del estado de la política ó quizá por ese mismo estado marchaba boyante, proporcionaron diaria ocupación a su lápiz y con Ricardo Balaca trabajó en las principales publicaciones ilustradas é ilustró gran número de novelas y libros de todo género. Pero el mejor período de la vida de Alfredo Perea fué aquel en que la acuarela, puesta en moda por los fortunaístas, invadió las exposiciones oficiales y las particulares, y en el que se fundaron sociedades como la de Acuarelistas de esta corte. Perea, que hizo muchas acuarelas y algunas dignas de encomio grande, pudo vivir con holgura y realizar su ideal, recordar los buenos tiempos de la bohemia parisiense. Mas como la moda es pedestal deleznable para sostener largo tiempo ni aun entidad como el arte mismo, la acuarela al cabo dejó de estar en auge y Perea hubo de comenzar a sufrir las consecuencias.

Mas no era el carácter de Alfredo Perea fácil a las tristezas de ningún género. Al abrigo de ciertas necesidades por el cariño que le profesaba su cuñado (fallecido hace un año próximamente), el director de *La Ilustración Española y Americana* Bernardo Rico, pudo ir sobrellevando los vaivenes, algunas veces bien acentuados, de la suerte. Ultimamente, apretado por los años y por crecientes necesidades, hubo de solicitar una plaza de *ayudante* supernumerario en la Escuela central de Artes y Oficios, que le fué concedida. Entre el sueldo de esta plaza y las lecciones de dibujo y acuarela que daba a aristocráticas señoritas de esta corte, pudo ir sorteando con relativa facilidad las dificultades pecuniarias que le creaba su querida bohemia y el sostenimiento de un hijo de muy pocos años.

Era Alfredo un *causeur* delicioso. Relataba la cosa más insignificante, la que menos se prestase al chiste, con verdadera gracia. Concurrente asiduo al círculo de Bellas Artes, allí tenía siempre un puesto entre sus antiguos camaradas, quienes no se encontraban a gusto si por casualidad faltaba a la tertulia. Aún recuerdo las bromas y las risas a que dió motivo Perea una noche, relatándonos un encuentro que tuviera por la tarde. Es de advertir que Alfredo no

representaba la edad que tenía, pues a lo de pulcro en el vestir, unía lo de un tipo aniñado. Yo no sé si creía efectivamente que aún el *amor le agitaba fuertemente*, según su frase; pero fuese cierto ó no, lo indudable es que pasaba por haber sido un conquistador afortunado. Y voy al cuento.

- Esta tarde, exclamó de pronto, he sufrido una impresión horrible. Balsa, que me acompañaba, puede decirnos como es cierto.

- Sepamos, díjeronle todos los que le escuchaban, disponiéndose a reír un rato.

- Nada; no fué nada. Es decir, para otro que no sea este cura, la cosa no tiene importancia; pero para mí... como soy así tan...

- Entendido.

- Pues lo que me ha pasado ha sido lo siguiente. Habíamos estado Balsa y yo en el estudio de Casto (Plasencia) y bajábamos por la calle de Colmenares, cuando de pronto, y por la misma acera por que marchábamos, vimos venir en dirección contraria una mujer alta, elegante, con unos andares de princesa. Yo me eché al arroyo para dejarle paso y para verla de cerca... ¡Chicos, qué!

- Vamos, un esperpento, dijeron los oyentes a una voz y comenzaron a bromearle.

- Nada de eso; ¿verdad, Balsa? Una mujer divina, muchachos, ¡divina! Ella, al ver que yo le dejaba el paso por la acera, ¡me echó una mirada!.. Vamos..., sentí como si me hubiesen dado con una maza en el pecho y en la cabeza, y si no me agarro á Balsa..., ¿verdad, Balsa?; si no me agarro á Balsa, caigo allí redondo.

Las risas estallaron con estrépito, y Perea siguió tomando con gran tranquilidad el *bock* de cerveza que tenía delante. Debo advertir que Perea tenía cerca de sesenta años cuando contaba lo que acabo de referir.

La última vez que le vi fué en el jardín del círculo de Bellas Artes, tres días antes de su muerte. Quejábale de un pequeño dolor en el costado, pero no le daba importancia; y si se la daba era tan poca, que se disponía para asistir aquella misma noche a un banquete en la calle de Toledo, en casa de unos tratantes en carnes ó en granos (que de esto no estoy seguro), quienes celebraban la festividad de la Virgen de la Paloma. El relato que nos hizo *a priori* del *menú* del banquete nos entretuvo cerca de media hora, pues era cosa de verle y oírle describir los platos.

Murió solo. Su hermano Daniel le encontró muerto en el estudio, en el cual vivía. Salvo unos cuantos amigos, nadie se enteró de la muerte de Alfredo hasta que los periódicos dieron la noticia al día siguiente, cuando ya el cadáver había recibido cristiana sepultura. Los únicos retratos que de Perea se han publicado están hechos al lápiz, uno por su hermano y otro por Alcántara, y tomados de otros dos: uno que guarda el círculo de Bellas Artes, pintado al óleo en una noche y de cuerpo entero; el parecido no es muy grande: el otro es copia del que posee, también al lápiz, la Sociedad de Acuarelistas. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se ha quedado sin el que, gracias a la galantería de mi amigo, le remití, con otro del desgraciado Casimiro Sainz, pues se ha *extraviado* el paquete en el correo. Naturalmente, como podrán suponer mis lectores, me he guardado muy bien de reclamarlo en la Central. ¡No había de parecer!

\* \*

Ya se han presentado en la Academia de San Fernando los bocetos para la estatua que ha de erigirse en esta corte a D. Claudio Moyano. Que yo sepa, asisten al concurso Masinos, Parera y Querol. Para el de la estatua á Moreno Nieto, es probable, á pesar de lo exiguo de la cantidad, que acudan á la liza más de seis y de ocho escultores, algunos también de renombre.

\* \*

Dentro de pocos días, el otoño, el melancólico otoño, vendrá á sustituir al verano. Es el otoño, para mí al menos, la estación más bella. Como artista, los varios matices de que se visten en esta época los árboles y los montes y las vegas y el cielo; las distintas tonalidades de la luz del sol, límpida, esplendorosa al mediar el día, del color del ópalo al caer de la tarde, del oro, pero del oro viejo, en el instante de transponer el horizonte; las tonalidades de la Naturaleza en esta estación me encantan, repito, como artista que soy. Y así es que al mirar el lienzo que reproduce el paisaje otoñal, aquí en la corte, donde tiene asiento lo ficticio, lo fabricado por el hombre, contrahecho, aun cuando sea de mármoles y bronce, de sedas y terciopelos; aquí donde el árbol está sujeto, como el césped, como el rosál, al absurdo y antiestético arte de la jar-

dinería; aquí donde solamente alcanzamos á ver eriales blancuzcos que rodean en tres cuartas partes el perímetro de Madrid, eriales en los que no se alza un árbol, ni una roca cubierta de musgo, ni corre un solo arroyo; aquí donde para mitigar un tanto la nostalgia que me acomete de los montes y de los valles que me han visto nacer, necesito marchar á la Moncloa, y prescindiendo de los pinos y de los álamos alineados, dirigir la mirada á la majestuosa cordillera del Guadarrama, á las indecisas, por la distancia, siluetas de los bosques que se extienden en su base, el lienzo que reproduce el paisaje otoñal tiene - hablo siempre de mí - el encanto de una voz amiga que canta la canción campesina de mi tierra; el encanto de un momento de aquellos en que oreaban mi frente las blandas y húmedas brisas del mar; el encanto de un instante de olvido para la activa vida diaria del periodismo, del libro, de la discusión, de la labor sin tregua. No otro paisaje que el otoñal produce en mí emoción tan honda. El que pinta la primavera me causa tristeza; cada una que pasa es nueva distancia que me separa de las energías é ilusiones de la juventud: el que pinta el verano, como el verano me abrumba con su ambiente de fuego, con la monotonía de los tonos, con sus líneas duramente recortadas por la luz del sol, violenta y antiestética; el que pinta el invierno..., ese me gusta también, no como el del otoño, pero sí más que los que inspiran el verano y la primavera; y me gusta y me produce emoción estética honda, precisamente porque tras la aparente muerte de la Naturaleza, sobre la cresta de la montaña, sobre las olas del encrespado mar, sobre las desnudas ramas del bosque, bajo la mojada y negra tierra de la vega, se siente, como impalpable espíritu, latir la idea de la vida universal, que va en alas del huracanado viento, envuelta en el manto de las nieblas, guardada en la gota de lluvia.

¡Ah!, pero el paisaje de otoño tiene la belleza plástica de la estatua pentélica que esculpió Fidias, doró el sol y matizó la lluvia, y la belleza subjetiva de un sueño de adolescente, de un pensamiento de Platón, de la caricia de una madre, de la esperanza de un místico, del último beso de un amante. La tarde de otoño, allá en el campo, es inenarrable; para pintarla, para reproducirla con el pincel, es menester que el sentimiento guíe la mano. No basta, no, la habilidad mecánica, ni el golpe de vista seguro, ni poseer una cámara obscura por retina, ni dominar la gama de los colores como los más grandes coloristas; es preciso algo más, bastante más.

Yo quisiera que el paisajista estudiara el paisaje, no para reproducir líneas determinadas y tonos con mayor ó menor fidelidad, porque entiendo que la simple copia de lo que perciben los ojos no produce emoción estética duradera, porque muy pronto la fotografía hará esa reproducción tan fielmente como no será capaz pintor alguno, sino para sentirlo, para encontrar las ocultas líneas de su carácter, de su fisonomía interior, de la que forman parte, además de la estructura, la luz, la latitud, la orografía y hasta las costumbres de sus habitantes. Y he aquí por qué el paisaje otoñal no puede buscarse en ciertas regiones. Para comprender toda la belleza del otoño, creedme, no puede irse á los países llanos ni á los cálidos, es menester internarse entre montañas, donde las nieblas guardan sus flotantes gasas; donde las ligeras brumas del río ó de la costa brava se extienden por el valle como ondulada cinta de encaje; donde el pino, siempre verde, contrasta con la hoja, convertida ya en lámina de oro, del castaño ó del nogal; donde la nota encendida del rojo de los frutales y de los pámpanos, se mezcla con las pálidas y tembladoras ramas de los álamos; donde la vega presenta veinte tonalidades distintas, pero todas fundidas por la suave neblina del húmedo ambiente; donde el humo de la roza que impulsado por el aire otoñal baja rastreando la ladera del monte, vaya á confundirse con las primeras evaporaciones del tortuoso río; donde el cielo de color azul de la turquesa se colore al transponer el sol la dilatada línea del mar ó la quebrada y ruda de la cordillera, con tintas de ópalo y violeta y carmín. En esos países es donde el pintor puede pintar el otoño, donde puede realizar una obra llena de sentimiento, cuajada de bellezas. Cierto que la inspiración sabe encontrar motivos para producir una obra maestra, allí donde nadie columbra belleza alguna; mas al fin y al cabo es preciso que el artista se sienta subyugado por algo para producir, y que ese algo sea fundamento sólido, positivo sobre que dejar á rienda suelta la fantasía y el sentimiento.

He aquí mi *crónica* de esta quincena: si no he descrito un cuadro pintado por la mano del hombre, he descrito, ciertamente que de un modo hartamente pedestre, un paisaje creado por Dios.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Artículos doctrinales ó de costumbres á cientos, composiciones líricas y satíricas á miles, ciento setenta y cinco obras dramáticas de todos géneros, prueban la vena fecunda que brotaba á borbotones de los puntos de una pluma sin igual en la pintura de las clases medias de su tiempo. Grabados con apacible encanto, permanecen y duran, para enseñanza de los venideros, los personajes que se agitaban y vivieron en los dos primeros tercios del presente siglo, moviéndose dentro del marco de argumentos sencillísimos con espontaneidad, gracia, travesura y desenfado que igualan á los empleados dos siglos antes por el gran Tirso de Molina.

Físicamente era el gran poeta hombre de compleción recia, cráneo voluminoso, abultado de facciones, de expresión apagada y triste en sus últimos años, sin que prestara animación á la parada fisonomía la mirada que del único ojo en que conservaba vista se filtraba al través de los anteojos.

Fué Bretón ejemplo notabilísimo de lo que puede la educación propia y el propio esfuerzo. Adolescente todavía, pobre y huérfano de padre, sentó plaza para no ser gravoso á sus parientes, tomando parte en la épica guerra de la Independencia; en nueve años de servicio militar no pasó de cabo, y á los treinta de edad hallóse sin carrera, sin oficio ni beneficio, obligado á vivir de su pluma y falto de educación literaria, sin conocimiento claro de los clásicos, y persuadido de que los escritores que en sus primeros ensayos le habían servido de norma, eran precisamente de aquellos que cuidadosamente debe huir quien quiera marchar en las sendas del arte por la vía derecha. Entonces dió por sí mismo comienzo á su educación artística leyendo á los maestros, aprendiendo el francés y el olvidado latín, logrando con esfuerzo gigante concluirlos, perfeccionándola más tarde, animado ya por los aplausos del público con el roce y trato con los escritores eminentes de la época. Él mismo atribuía sus triunfos á la adversidad, «cuyo aciago rostro tuvo la dicha de conocer desde la adolescencia.» Y ciertamente que el literato no hizo sino dar forma artística á lo aprendido en los enojosos años del servicio militar, en la vida monótona del empleado de corto sueldo en provincias, á lo observado en la ancha escuela del mundo, en el café, en las ventas, en los caminos y en los cuarteles. Por eso sus obras son verdaderas, sus personajes retratos, sus escenas tienen la animación y el movimiento de la vida misma.

Dijo Bretón más de una vez que la lengua castellana era su pasión y á la par su único patrimonio, y ciertamente del cultivo constante de esa mina inagotable, y por él tan ahondada, sacó, además de los goces del entendimiento, valer y posición social, el respeto y la admiración de las gentes, gloria y el esplendor de un nombre colocado como timbre de honor con letras de oro en la humilde casa del pueblo de Quel, donde nació en el año de 1796.

Ya en la plenitud de su fama nombraronle sus amigos director de la Imprenta Nacional y redactor jefe de la *Gaceta*. Lo que sufrió en tal cargo no es para contado. Irritábanse con él ministros y diputa-

## BRETÓN DE LOS HERREROS

dos porque no limaba bien los discursos por ellos pronunciados, y pasaba el tiempo en corregir pruebas, sorteando gazapos mayúsculos que á oradores y legisladores se escapaban, rectificando citas erróneas, embebido en la difícil tarea de armonizar las obras de algunos con los fueros de la sintaxis — y aun de la ortografía — mohino y aburrido.

En una epístola dirigida á D. Mariano Roca de Togores, escribía:

Apenas si figuro en el registro del Parnaso español, mi amor y el tuyo, desde que *gaceteo* y *administro*.

En vez de estrofas *tórculos* construyo, y en *prensa* día y noche — ¡mal pecado! — al plectro el expediente sustituyo.

De *letras* por doquiera bloqueado, sólo ya las conozco por el tipo: mi numen no es ya Apolo, es el Estado.

Y aunque lo rija el que escribió el *Edipo*, el Estado es prosaico aquí y en Asia, y yo de su influencia participo.

La verdad es que ni las águilas ni los ruiseñores han nacido para volar y cantar en las polvorientas salas de las oficinas. Si tal le sucedía á Bretón siendo jefe, calcúlese lo que pasaría cuando de subordinado y con escaso sueldo andaba rodando por esos mundos de Dios, con su numen vigoroso sometido á estampar enfadosas minutas, y quizá á las órdenes de quien, como ocurre con frecuencia, adquiere con los hábitos rutinarios de la Administración sórdida mezquindad de miras, unida visiblemente á un orgullo estúpido por la posesión de cuatro recetas oficinescas, bastantes á satisfacer y llenar por completo un ánimo incapaz de elevarse á algo noble y levantado, ni siquiera á comprender lo que pueda haber de útil y digno en funciones que mira sólo por su aspecto más estrecho y antipático.

Mas las tareas administrativas lo mismo que las políticas fueron tan sólo episodios en la vida de Bretón, dedicado con alma y corazón al cultivo de las patrias letras, á las cuales debió sus mayores goces y también sus más hondas amarguras. Fueron éstas de tal clase, que le hicieron variar por completo de carácter. Quien de joven fué jovial, placentero, de buen humor revelado en inagotables carcajadas, tornóse con el transcurso de los años en receloso, frío, hosco hasta á las afecciones de la más pura amistad. Necesitaba aquel hombre el favor del público como el aire para respirar. Quince años de continuos triunfos le habían acostumbrado al aura popular, y cuando ésta debilitada se desvaneció y el gusto del público se encaminó por otros senderos, el poeta encontróse tan desesperado, que al ver el disfavor con que hacia el año 1840 fueron recibidas algunas de sus producciones, los juicios enconados de la prensa olvidada de sus extraordinarios méritos, y hasta juzgándose amenazado en su seguridad personal á consecuencia del tumulto que promovió entre la milicia nacional el estreno de *La ponchada*, pieza dramática de circunstancias, formó el proyecto de expatriarse y abandonar para siempre la escena. Tenía el modo de ser de Bretón mucho de pueril, y el halago del público y los amigos en la sociedad *El Liceo*, y el codiciado aplauso otorgado á la comedia *El cuarto de hora*, dada con nombre supuesto, y en la cual, como en todas las suyas, brilla la gracia inimitable del lenguaje y la facilidad del verso, esmaltando la singular donosura del chiste, le apartaron de su malhadado intento. Quedó, sin embargo, el sedimento de tristeza y amargura que los tiempos se encargaron de acrecer.

Un revés de fortuna, mejor dicho un desengaño, contribuyó por manera poderosa á lanzarle en tal camino. Perdió dos mil duros depositados en poder de cierto individuo que desapareció de pronto de Madrid, huyendo de la muchedumbre de sus acreedores. En una carta escrita por Bretón á raíz del suceso, marca las espinas que el poeta llevaba clavadas en el alma.

«...Doy por enteramente perdido mi capital. ¡Cómo ha de ser! Mientras mi salud, ya no muy robusta, y los folletinistas de los periódicos me permitan trabajar, no me apuraré; pero es bien triste cosa que la perfidia de un hombre, de quien esperaba más honrado proceder, aleje algunos años el suspirado momento de mi descanso.»

Quejábbase de los *folletinistas*, y ciertamente subleva la conducta de algunos cuya osadía corría parejas con la estolidez; habiéndose conservado entre los literatos, como muestra de adonde llega el estúpido atrevimiento de algunos, la frase del ignaro gacetillero que decía al día siguiente de uno de los últimos estrenos del famoso escritor: «¡Aconsejamos al Sr. Bretón!..»

Abumaba á éste el temor del fracaso. Creyóse perseguido por impalpables enemigos, y más de una vez dió sus obras guardando rigoroso incógnito, y aun asistió como espectador indiferente al estreno de *¿Quién es ella?*, cuyo autor, mucho antes que los actores lo proclamaran, lo dijeron hartos claro al público inteligente la viveza del diálogo y la maestría del lenguaje, en las cuales no ha tenido rival el poeta riojano.

Cuando dominaba el romanticismo luchó victoriosamente con él, aun cuando alguna vez cultivara también el género, con la expresión acabada de sus inimitables cuadros de costumbres contemporáneas; pero cuando nuevos dramaturgos ó las corrientes dominantes en las esferas del arte llevaron á éste hacia los dramas de tesis y de pensamiento trascendental, fatigado al intentar seguir esta vía que no encajaba con sus peculiares condiciones, sintió huírsele por siempre aquel favor por que tanto había suspirado y de que por espacio de algunos lustros había sido dueño, y su acritud y su desazón tocaron ya en los límites de la misantropía. No podía sufrir la menor contradicción, y en la Academia de la Lengua, á la que profesaba grandísimo cariño, hacía cuestión personal, punto de honra y asunto de honor propio la definición de un vocablo. Y esto en tono de terquedad violenta, no obstante su carácter tímido, viniendo á parar en resentimiento infantil, pero hondo, hacia sus más antiguos y queridos compañeros cuando no se hallaban conformes con él en la desinencia de alguna voz; si se veía acosado y vencido, pedía con voz alterada que no constase la discusión en actas. En 1870 participó no obstante de una manera oficial á la Academia que se hallaba en disidencia con sus colegas de la comisión del Diccionario; y como al discutirse el sistema que había de adoptarse para remunerar los trabajos de dicha comisión fuese vencido en la votación que se produjo, se retrajo de asistir á las sesiones, alegando lo rendido que le tenía el trabajo. Por causa de enfermedad resultó poco después la ausencia justificada, y como siguiendo prácticas de la docta corporación se asignasen emolumentos al académico designado para ocupar interinamente la secretaría que hacía años en propiedad desempeñaba, Bretón enojado dejó la vivienda á que tenía derecho en el edificio ocupado por la Academia y se trasladó á una casa particular, donde vivió ya poco tiempo, acrecentados su mal humor y misantropía, que en vano trataba de mitigar su bonísima esposa, á la que siempre profesó entrañable cariño. Nególe Dios el consuelo de los hijos, que siempre deseó con vivísimo anhelo. El 8 de noviembre de 1873 pagó á la muerte el común tributo.

No tuvo, como se ve, resignación para sufrir el apartamiento del público y de la vasta galería de personajes que con fidelísimo pincel dejó retratados en sus escritos. Esta fidelidad en la observación y el gracejo inimitable caracterizan sus escritos, tanto como la plena posesión del lenguaje. Copiaba bien lo que había visto, y había visto mucho. Los incidentes de su propia vida constituyeron asuntos para sus primeras obras, y en su segunda comedia original *Los dos sobrinos ó la escuela de los parientes*, se pintó á sí mismo en el papel de Cándido y describió el

despego de un hermano de su madre, que no obstante gozar posición desahogada, no quiso ampararle en los días de desvalimiento. La situación de Bretón en aquella casa la pinta el parlamento de doña Juliana:

Se acabó la sopa boba.  
¿Lo entiendes? Desde mañana  
me harás la compra, hijo mío;  
que no está lejos la plaza,  
ni creo yo que por esto  
la venera se te caiga.  
.....

tuvieran tan tranquilo desenlace, pues alguno hubo que le dejó señalado hasta su muerte. En la noche del 24 de diciembre de 1818 y hallándose el presunto escritor disfrutando licencia en Aguilar de la Frontera, hallóse frente á frente de cierto síndico, á cuya mujer habían parecido de perlas las prendas personales de aquel gallardo mozo de 22 años; cerró con él el celoso marido á navajazo limpio, y uno de ellos asestado con furia para pintar un *jabeque* en la odiada fisonomía del amante, proporcionó á éste la pérdida de la vista del ojo izquierdo, dejándole señalada la frente y la ceja con indeleble cicatriz.

*un periódico*, cuando el marqués de Molíns, secundado por varios amigos ávidos de que cesasen tales rencillas, reunió á los dos adversarios en un banquete celebrado en el *Jardín de Apolo*, situado al extremo de la calle de Fuencarral. Al comenzar los brindis levantóse el marqués, y dijo mirando alternativamente á los dos escritores:

Amigos, hermanos, brindo  
por que Dios en este día  
colme la esperanza mía  
y trueque en el sacro l'indo  
el rencor en simpatía.



Los últimos momentos de Dorrego, cuadro de Cotanda (de fotografía remitida por D. R. Monner Sans, de Buenos Aires)

A lo cual contesta pundonorosamente Cándido:

Piadosos t'os,  
benigna doña Juliana,  
.....  
Yo, no lo puedo negar,  
soy más pobre que las ratas,  
pero aunque huérfano y pobre,  
tengo vergüenza, á Dios gracias.

El pan que me dan ustedes  
de malditísima gana,  
ese pan que á todas horas  
me echan ustedes en cara,  
yo me lo sabré buscar  
sin deber á ustedes nada.

Yo serviré; sí, señores,  
pero será sin infamia:  
no á parientes despiadados  
y ruines, sino á mi patria.  
No espero grandes riquezas  
sino peligros y balas;  
pero tendré pan y gloria,  
que para un soldado basta.

En su famosa comedia *Marcelu* es esta misma retrato de la señorita de Rives, médico renombrado, y en los pretendientes copió á sus amigos Pezuela, después conde de Cheste, Escosura y Clemencín, hijo del comentarista del *Quijote*.

Siendo militar le ocurrió en un lugar de Andalucía un chistoso lance. Retirábase cierta madrugada de charlar á la reja, según costumbre de la tierra, con una hermosísima joven con quien sostenía hacía dos meses amorosas relaciones, cuando se topó de manos á boca con un su amigo; á las pocas palabras cruzadas supieron primero con enfado y luego con risa que la avispada muchacha, aprovechando la coyuntura de tener la casa que habitaba rejas á distintas calles, mantenía tiernos coloquios con los dos galanes. El lance proporcionó á Bretón asunto para su artículo de costumbres *Pelar la pava* y para su regocijada comedia *Una de tantas*.

No se crea que todos los encuentros de su vida

De su desgracia se burló él mismo en más de una ocasión, forzado por la necesidad imperiosa del chiste que le bullía en la mente y escapaba en seguida vertido por la boca ó por la pluma, ora recayese en los demás ó en su propia persona. Cuando ya rico usó coche propio, llamaba «mis hermanas» á un hermoso tronco de yeguas que tenía...; ¡porque eran *bretonas*! Molestado porque continuamente llamaban á su habitación preguntando por el doctor Mata, á la sazón vecino suyo, escribió en la puerta la siguiente redondilla, á la cual contestó por cierto también con discreción el afamado médico:

Vive en esta vecindad  
cierto médico poeta,  
que al fin de cada receta  
pone Mata, y es verdad.

Dotado de ingenio precoz, dice uno de sus biógrafos, aún no había cumplido siete años cuando con la mayor facilidad improvisaba coplas chispeantes de sal y de agudezas sobre cualquier pie que le diesen. Citaremos una de aquellas improvisaciones como muestra de su numen poético en edad tan temprana, y también por ser la primera composición suya de que se tiene noticia. En cierta fiesta de familia hallábase presente una criada que se llamaba Segunda, y como diesen por pie al infantil poeta este verso: «La mejor es la Segunda,» prorrumpió en la siguiente desenfadada redondilla:

Para pegarle una tunda  
con las faldas levantadas,  
entre todas las criadas  
la mejor es la Segunda.

La vena improvisadora de Bretón no le abandonaba ni aun en momentos de verdadera emoción y enternecimiento. Hallábase á fines de 1836 reñido con Larra á consecuencia de ciertas acerbas críticas de éste é injustificadas pretericiones, á las cuales había contestado con una comedia titulada *La redacción de*

Quedaron los comensales asombrados y en silencio, mirando también á Larra y á Bretón, que mudos y confusos no acertaban ni siquiera á fijar la vista en ninguna parte. De pronto Ventura de la Vega, con arrebatadora expresión de afecto entrañable, dijo levantándose de su asiento, colocado á la derecha de Larra:

Dios oiga tu voz, Mariano,  
todo rencor se deseche;  
el vate es del vate hermano,  
si hay quien alargue una mano  
yo sé que habrá quien la estreche.

Y como refiere el mismo Molíns, narrador de la escena, aún no se había sentado, cuando Bretón, temblando de emoción, exclamó mirando á Fígaro:

No aguardo á que tú comiences;  
quédese el rencor odioso  
para enemigos vascuenses.  
Yo te vencí rencoroso,  
tú, generoso, me vences.

Corriendo entonces el uno hacia el otro se fundieron en estrecho abrazo entre los aplausos de los que conmovidos presenciaban tan hermosa escena.

Al año siguiente de este suceso entraba Bretón en la Academia de la Lengua. El erudito y excelente poeta D. Alberto Lista le proporcionó una de las más gratas satisfacciones de su vida al ir á solicitar su voto con tal objeto. Como insinuase Bretón que reverenciaba como maestro al buen sacerdote, conmovido el anciano le tomó de la mano y le hizo entrar en el despacho, mostrándole al lado de los retratos de Lope y de Calderón el del propio Bretón, con una leyenda de puño y letra del mismo Lista, en que se veían copiadas estas palabras de Ovidio:

*Et quod tentabat dicere, versus erat.*

Dominando la prosa, como destrísimo en el manejo del idioma, en el verso brillaba en todo su es-

plendor su ingenio. Gustábale vencer dificultades y usar los consonantes más difíciles y los vocablos más recónditos, que resultaban sin embargo llanos y sencillos una vez por él empleados con gracia incomparable y frescura y novedad hasta entonces desconocidas. Tildábasele de poco fino, y la falta de buen tono que le atribuían, que fué uno de los dardos con que con más empeño le hirieron sus detractores, le sugirió el comienzo de la donosísima epístola:

¡Oh siglo del vapor y del buen tono!.,

que es un modelo del género satírico. El siguiente soneto prueba hasta qué altura elevaba Bretón cuando quería la dición poética, aun tratándose de asunto tan baladí como el de definir las sopas de ajo, tema propuesto en cierta tertulia literaria.

LAS SOPAS DE AJO

SONETO

Dame Belarda, si agrardarme quieres,  
no el pece raro á que aludió Rioja;  
no el costoso faisán de pluma roja,  
ni ostras del Havre, ni pastel de Amberes.  
Cortadas por tu mano, que á Citeres  
por la blancura y suavidad sonroja,  
en láminas me da, si no te enoja,  
el predilecto fruto de alma Ceres.  
Oleado luego el líquido brillante,  
las bañará, que en rústica vasija,  
á tu hogar tributó risueña fuente;  
y con sal, que de ti puede ser hija,  
y el fruto que al buen Sancho hizo insolente  
hay lo que basta al hambre que me aguija.

Tiénesse comúnmente la idea de que el hombre gracioso ha de ser serio y grave; y aun cuando así suele suceder, Bretón, riendo continuamente sus propios chistes, es prueba fehaciente de que aquel aserto tiene sus excepciones. Y no sólo en la conversación era donde se daba semejante caso; al oír sus comedias desatábasele la risa y era el espectador más regocijado de sus propias producciones escénicas.

Los años y los disgustos de que se ha hecho mención le modificaron también en esto, convirtiéndole en seco, silencioso y ensimismado en los últimos meses de su vida, que pasaba leyendo sus versos ó jugando al tresillo con algunos parientes y amigos íntimos, capaces de sufrir su genio atrabiliario. El alejamiento de los demás sugería á su negro pesimismo los siguientes versos:

Para un viejo, almacén de desengaños,  
si en la esfera no está de los pudientes,  
son los amigos lo que son los dientes:  
se mellan y se pudren con los años.

El defecto de la vista le había inspirado joven solamente burlas. En una sátira contra un mal retratista, escribe:

Pintor, yo no te pido que me loes,  
ni que indulgente seas con mis macas;  
tengo una que ni Celso ni Averroes  
pudieran corregir; la que siquiera  
me iguala en esto al inmortal Cameos.  
Y el pincel detractor, ¿quién lo dijera?,  
hasta en la ausente luz me falsifica  
trasladando el eclipse á la otra acera.

Y en una epístola á D. Julián Romea, decía:

Hora se espacia mi vista...  
y no digo ¡ay de mí triste!..  
mis ojos, porque hasta en esto  
soy singular: suum cuique.

En sus últimos años, escribía al aludir al mismo defecto este suspiro de honda melancolía:

Dejóme el sumo Poder  
por gracia particular,  
lo que había menester;  
dos ojos para llorar...  
y uno solo para ver.

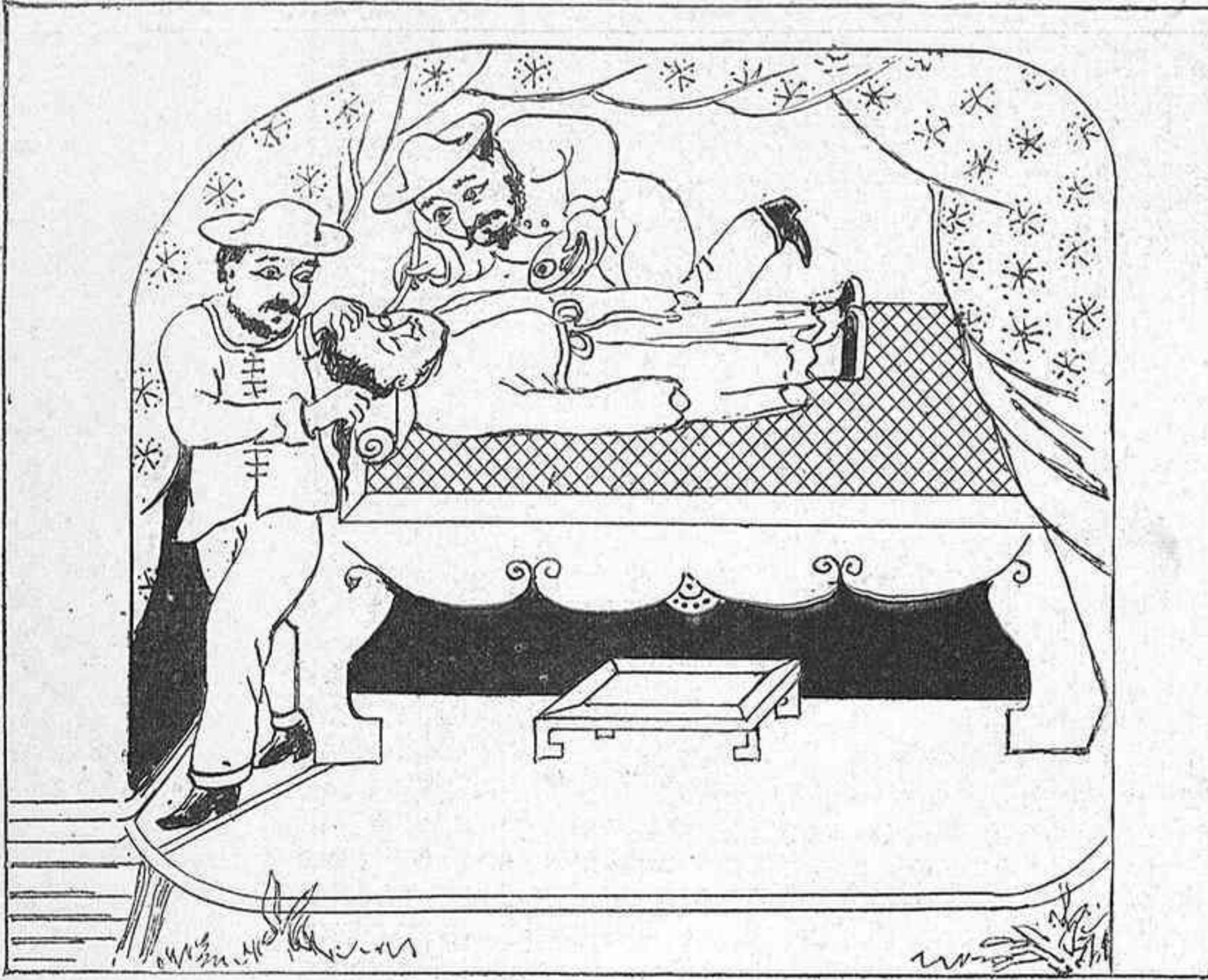


Flor del bosque, cuadro de Fausto Zonaro (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Bretón, joven, falto de recursos, abandonado de los suyos, contrariado en su numen por ocupaciones mecánicas y enfadosas, reía; anciano, cubierto de honores, rico, admirado de las gentes, feliz en el hogar, lloraba... ¡Raro contraste! Alboradas de luz, tar-

des que la noche cercana va asombrando poco á poco; risas y llanto, alegrías y dolores, esta es la vida...; ¡aun la de los grandes hombres, aun la de los poetas cómicos!

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ



DIBUJO CHINO ANTICRISTIANO. - Misioneros cristianos arrancando los ojos á un chino

## TERTULIA DE VIEJOS

Aunque Jorge Manrique no lo hubiera dicho, bastaría asistir media hora á una de las tertulias del café de Levante para convencernos de que

cualquiera tiempo pasado  
fué mejor.

- ¡Mire usted que poner sobre la mesa una botella de agua y renovarla cuando se acaba!, dice don Zacarías. Así bebemos mucho más de lo conveniente y estamos expuestos á mil enfermedades. En nuestros tiempos...

- ¿Qué ocurría en los tiempos de usted?, pregunta otro de los concurrentes, joven por excepción.

- Pues al que pedía café se le daba café y nada más; y si por casualidad pedía agua, el mozo traía un vasito de la riquísima de los antiguos viajes y no de la dañina del Lozoya. Lo mismo que el alumbrado...

- ¿Tampoco alumbraban los cafés?

- Ya lo creo, con unos quinqués de Lucena, dice Martínez, el capitán retirado.

- Pero estaría muy oscuro...

- No estaba muy claro; pero tampoco hacía falta, pues todavía no teníamos la fatal costumbre de los periódicos.

- ¡Vaya!, dice el parroquiano joven, me marcho un rato á ver las muchachas á los Jardines del Retiro.

- Hasta en eso, dice D. Zacarías cuando quedan solos los viejos. ¿Os habéis fijado en lo que degenera la especie humana? ¿Dónde están hoy aquellos elegantes peinados con tirabuzones, aquellas muchachas de la clase media con sus vaporosos vestidos de linón y aquellas manolas de rompe y rasga de Lavapiés y

aunque lo general era colarme metido en alguna cesta besuguera, disfrazado de aguador ó vistiéndolo el uniforme de miliciano y fingiendo que me perseguían.

- Claro, y una vez dentro...

- ¡Oh! El procedimiento tenía sus quebradas. Un marido de mal genio, un padre adusto, un hermano irritable... La mayor parte de las veces tenía que salir por el balcón... No, no era todo tan llano como creéis. Recuerdo que una de mis conquistas me hizo encerrar en una despensa, diciendo que llegaba su padre, y allí me tuvo guardado cinco días, sin más alimento que algunos mendrugos de pan que me echaba por una gatera.

- ¿Y después?

- Después me enteré de que no tenía padre, ni creo que lo haya tenido nunca, y si algunos amantes, y que ella y ellos se habían estado burlando de mí. Otra vez, aquello fué más grave, me había quitado las botas para que

Maravillas? ¡Aquello eran mujeres y no la generación clorótica de hoy!

- ¡Oh! Y Zacarías es voto, dice Martínez, pues pocos habrá habido tan calaverones como él.

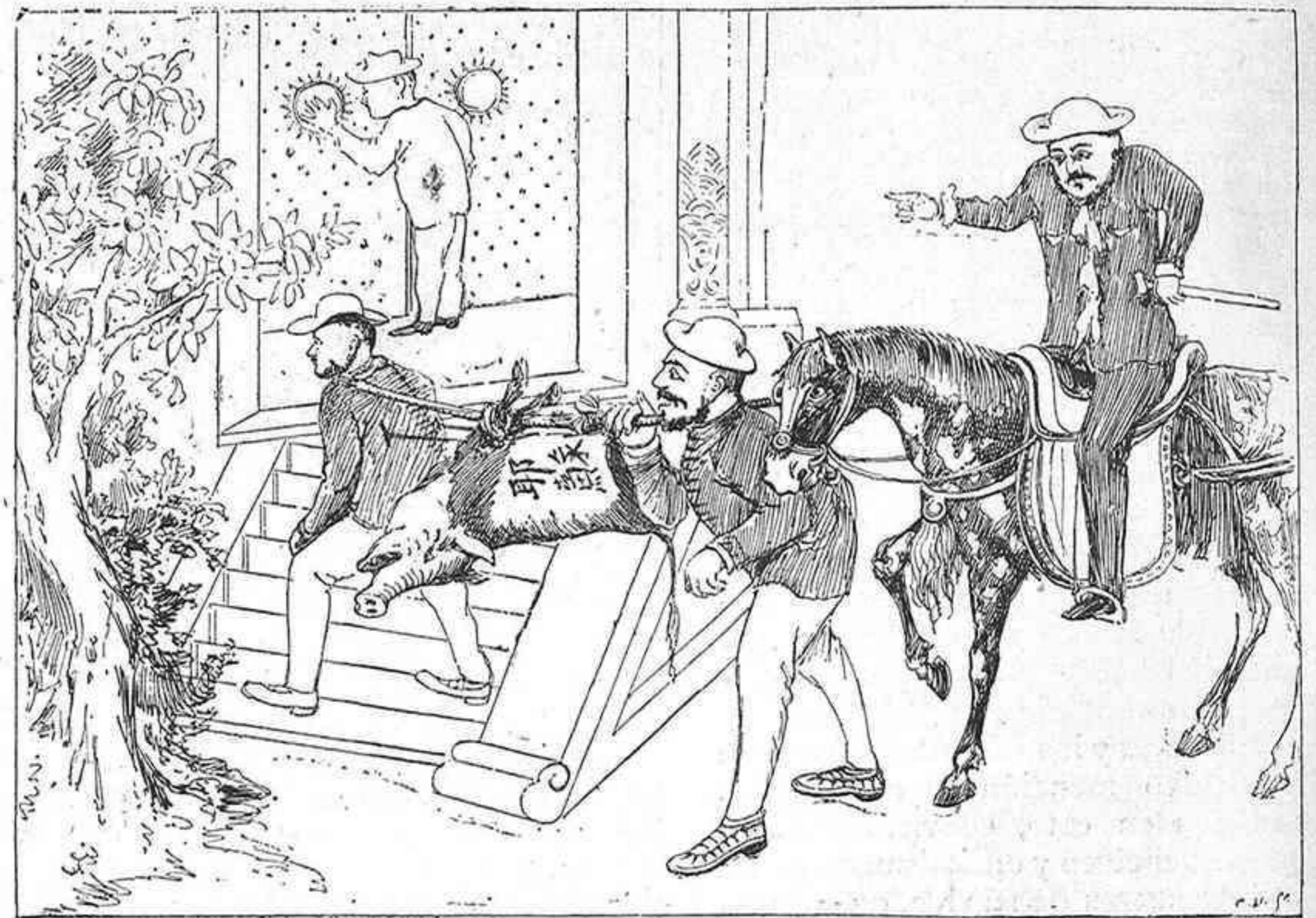
- Se hacía lo que se podía, dice maliciosamente el aludido, enderezándose la torcida peluca. Hoy los muchachos no sirven para nada... Ya veis á Enriquito: se contenta con ir al Retiro á ver á las chicas.

- Pues ¿qué hacías tú cuando joven?, preguntó uno que sin duda no le conoció en tan remotas fechas.

- Yo me fijaba en una, y antes de las veinticuatro horas ya entraba en su casa.

- ¿Presentado?

- Algunas veces;



DIBUJO CHINO ANTICRISTIANO. - Extranjeros llevando el Cristianismo, simbolizado por un cerdo, á las puertas del templo de Confucio

no me sintiera un marido, y tuve que pasar una noche entera en un tejado lleno de nieve.

- ¿Vivía en buhardilla tu adorado tormento?

- El amor no distingue de categorías sociales. Pues adquirí una pulmonía que por poco me manda al otro barrio.

- ¿Y cómo bajaste?

- Afortunadamente había otra buhardilla desalquilada: entré en ella..., y desde allí me llevaron á la prevención.

- Sin botas.

- Las botas no las pude recuperar; pero sí las reconocí á los pocos días. ¡Las llevaba puestas el marido de mi amada!

- Bien te has divertido...

- Pues ¿y cuando me encontraron en el taller de modistas, don-

de me había colado sin que nadie lo advirtiera, escondiéndome debajo de una mesa?

- Pero ¿ninguna se compadeció?

- Mejor hubiera sido que no se compadeciera, porque la que me tuvo lástima, que era una arpía, fué luego mi mujer, y me hizo pasar en el matrimonio las penas del purgatorio. Por suerte enviudé pronto.

- Y volverías á tus calaveradas...

- ¡Claro! ¡Genio y figura!..

- Sí que volví; pero los años no pasan en vano y heube de limitar mis conquistas á lo que se venía á la mano... La portera, la planchadora, la lavandera, las criadas... No os aconsejo que tengáis amores con las criadas, sobre todo los viudos, si no queréis volver á casaros...

- ¡Es verdad!

- Pero buena vida se ha llevado el calaverón de Zacarías, mientras los demás la pasábamos andando á tiros con los carlistas ó los moros.

- Para eso tienes ahora tu retiro con uso de uniforme y todo.

- Es verdad, Martínez, no puedes quejarte.

- ¿Que no me puedo quejar?.. Ya veis... Talegón ha llegado á brigadier... ¡Talegón que fué de mi mismo regimiento y que nunca oía los toques de llamada ó daba la casualidad de que las acciones más empeñadas le cogían á él en el hospital!

- De esos Talegones hay numerosos ejemplares en todas las carreras del Estado.

- Pero en las que no se expone el pellejo tanto como en la milicia. ¿Cuántas acciones tendrá Talegón como mi defensa de Galapagar?.. ¡Yo, encerrado



DIBUJO CHINO ANTICRISTIANO. - Chinos apaleando á los demonios (los cristianos) y quemando sus libros

allí con treinta hombres, desnudos, hambrientos y sin municiones, cercado por siete mil carlistas al mando de Montemolín y con catorce cañones..., y les hice huir dejando sembrado el campo de cadáveres y quedándome yo con los faldones de la levita del hijo del Pretendiente!

- Pues en la *Historia* de Pirlala no recuerdo que figure esa famosa defensa.

- Naturalmente; como que resultaría un cargo muy grave para un cuerpo de ejército que había sido enviado en mi auxilio y que no se atrevió á ir. Precisamente iba en dicho cuerpo Talegón y le dieron por entonces el grado de capitán, lo que yo no tuve hasta la guerra de Africa.

- Es verdad que también estuvo usted en esa campaña.

- ¡Ya lo creo! Como que fuí el primero que entró en Tetuán.

- ¿El primero?

- Sí: un mes antes de la toma de aquella plaza africana, los moros me habían hecho prisionero y llevádomelo á ella.

- ¿Y después estuvo usted en Cuba?

- En 1870... Allí gané la efectividad de capitán.

- ¿Por algún rasgo heroico?

- Por antigüedad. Mis rasgos heroicos se los han atribuido siempre otros que tenían favor para utilizarlos.

- Pues eso no habla mucho en favor de los pasados tiempos.

- Siempre ha habido injusticias en el mundo, y hoy mismo abundan mucho los Talegones ascendidos y los Martínez olvidados. De todas maneras, aquellos eran los buenos tiempos.

- Nuestra juventud, libre de cuidados y exenta de reuma, nos los hacía considerar así.

- ¡Hombre! No hablar de reuma, que parece que se le llama. Trescientos papeles de salicilato he consumido en lo que va de mes, y como si no. ¿Querán creer ustedes que ni siquiera puedo sostener un duro en la mano?

- Y yo no puedo usar más calzado que unas zapatillas.

- Y yo tengo que ir forrado de bayeta amarilla con treinta y ocho grados de calor.

- ¿Es decir, que no podría irse como Enriquito a los Jardines del Retiro?

- ¡Qué he de poder, hombre de Dios, si creo que pesqué el reuma en dicho sitio, allá, poco después de la Restauración, cuando representaban el *Barón de la Castaña!*

- Y cuando había baile español, ¿verdad? Este Zacarías siempre tan calavera.

- He de referiros á este propósito lo que me ocurrió con una que me hizo esconder en la despensa, donde me tuvo encerrado sin más alimento...

- Sí, que algunos mendrugos de pan, que te daba por una gatera... Nos lo acabas de contar.

- O cuando tuve que pasarme una noche entera en un tejado lleno de nieve...

- Conocido también: puedes omitirlo.

- ¡Qué intransigentes sois! Todos los días nos cuentas tú la defensa de Galapagar y lo oigo con paciencia.

- Caballeros, que son las doce y media y va á

daban semejantes escándalos, aunque privadamente se siguieran las más atrevidas aventuras.

- Vamos, dice el primer observador: lo que yo creo es que ustedes tienen una cosa que es perfectamente humana: una envidia horrorosa.

- ¡Envidia!

- ¿Envidia de qué?

marcharse el último tranvía.

- En nuestros tiempos no había tampoco ese elemento de comodidad.

- Ni nos hacía falta... ¡Buenas piernas teníamos entonces los muchachos para necesitar de tranvías!..

- ¿Conque en marcha?

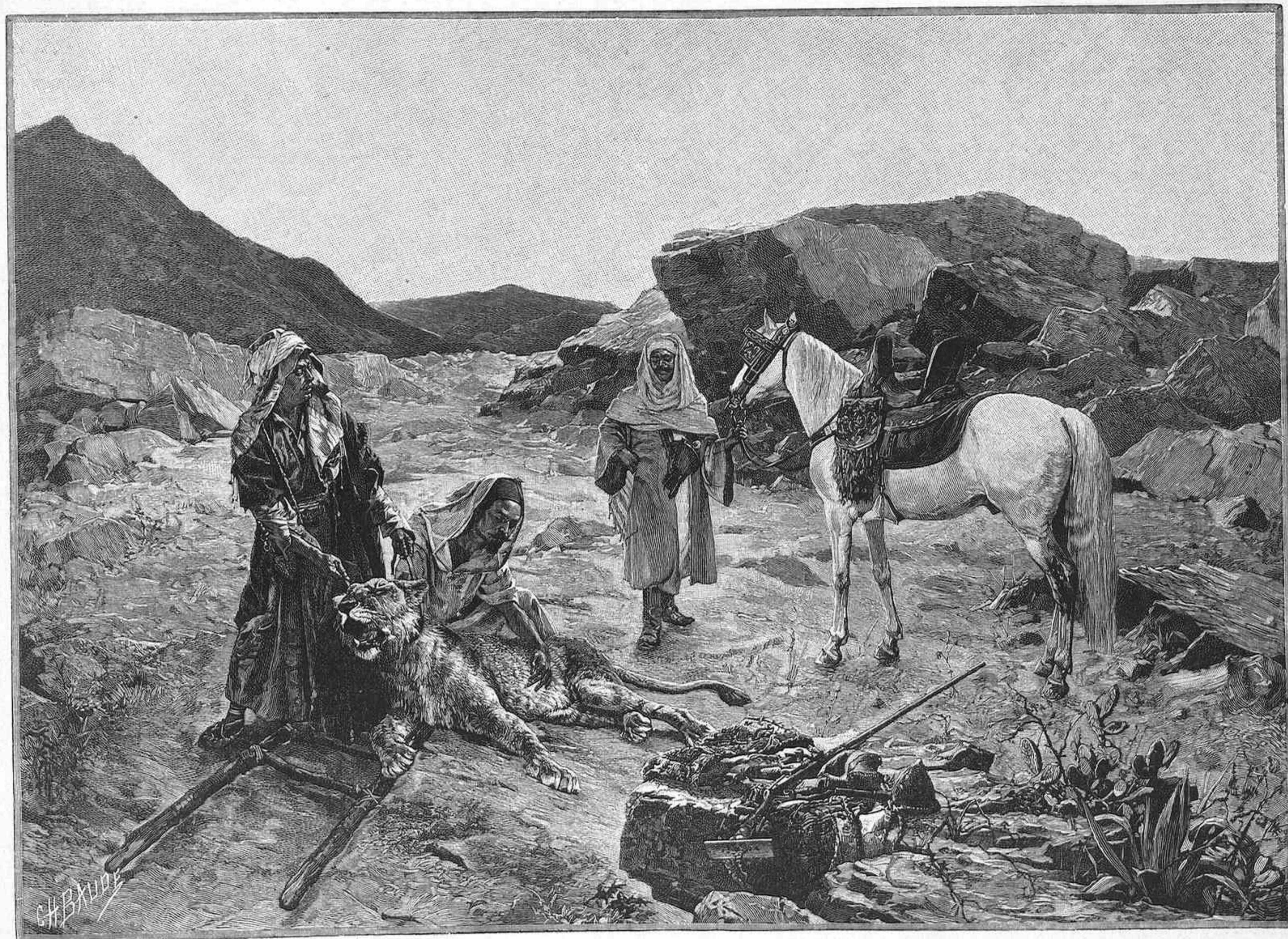
- ¡Un momento!, dice uno de los viejos. ¿Os habéis fijado como yo en esa parejita de la mesa del rincón..., el oficial y esa al parecer modistilla?

- Efectivamente, observa Martínez: bien podía ese militarillo no deshonorar su uniforme con aventuras amorosas que no deben darse á la publicidad... ¡Venirse á un café público á seguir conversaciones tan animadas é íntimas!

- Eso último, sobre todo, dice don Zacarías. En nuestros tiempos no se



En el baño, fotografía artística de Guarducee, de Roma



Regreso de la caza, cuadro de Ernst (Salón de los Campos Elíseos de París. 1895)



JÓVENES HÚNGAROS, cuadro de J. Valentiny





EN PLENO VERANO, cuadro de Marco Stone (de fotografía de la Compañía fotográfica de Berlín)

- Pues de que, así Zacarías como Martínez... y como todos nosotros, pertenecemos á la última reserva, y esa parejita está en servicio activo... en milicia como en amor.

M. OSSORIO Y BERNARD



EL GENERAL D. FIDEL ALONSO DE SANTOCILDES,  
muerto heroicamente en el combate del Peralejo (Isla de Cuba) en 13 de julio último  
(De fotografía remitida por los fotógrafos Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

### NUESTROS GRABADOS

#### Los dos hijos de Rubens, cuadro de Rubens

- Ocioso nos parece hablar del gran pintor flamenco, cuyas obras figuran como inestimables joyas en los principales museos del mundo, pues en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos relatado, en distintas ocasiones, cuanto se refiere á la vida y á la obra artística del ilustre maestro que compartió la gloria del pintor insigne con la del hábil diplomático. El cuadro que hoy reproducimos se conserva con otros treinta del mismo autor en la Galería de Dresde y es considerado como la perla de la sección de obras de Rubens que se admira en aquel museo.

**Los últimos momentos de Dorrego, cuadro de Cotanda.** - Las discordias civiles de que fué teatro la República Argentina en los comienzos de su constitución política tienen, como todas, páginas de sangre, y una de ellas, quizás la más conmovedora, es la del fusilamiento del coronel Dorrego.

Derrocado el poder por la revolución que estalló el día 1.º de diciembre de 1828, capitaneada por el general D. Juan Lavalle, reunió escasas fuerzas adictas á la legalidad, y con ellas presentó batalla á las huestes revolucionarias en los campos de Navarro. La suerte fué adversa á Dorrego, quien hecho prisionero fué fusilado el día 13 de los ya citados mes y año.

Estos son los precedentes del cuadro histórico de Cotanda. La figura de Dorrego, al decir de un crítico argentino, está sentida de un modo profundo y es de una asombrosa semblanza. En la actitud del Padre Castañer se adivina el hondo pesar que embargaba su alma, como en la del coronel Lamadrid, encargado del mando de la fuerza que ha de fusilar á Dorrego, se ve el dolor de quien por la inexorable ordenanza militar se contempla trocado en verdugo.

Todo en el cuadro es rigurosamente histórico: uniformes, trajes de los paisanos, campo, árboles y fortín del fondo; y

¿quiérese más aún? Para que nada falte, hasta un caballo, el de primer término, lleva pintada la marca que tenía el que montara Dorrego.

La prensa argentina ha prodigado calurosos elogios á la obra de nuestro paisano calificándola de admirable, llegando á decir que con obras como ésta los artistas se vinculan al espíritu de una nación y el arte toma carta de ciudadanía en los países menos artistas.

El triunfo de Cotanda es legítimo, y si él puede sentirse orgulloso, orgullosos deben estar los peninsulares al ver que á un español le ha cabido la gloria de inaugurar en la Argentina la pintura histórica.

#### El general Santocildes.

- La prensa diaria dió á su debido tiempo noticias detalladas del memorable combate del Peralejo, trabado, durante la marcha de Manzanillo á Bayamo, entre la columna mandada por el general Martínez Campos compuesta de 1.250 hombres, y 7.000 insurrectos que á las órdenes de Maceo, Massó, Rabi, Salvador y otros cabecillas estaban apostados en el camino por donde las tropas debían pasar. No nos detendremos, pues, en describir aquella acción en la que nuestros soldados se cubrieron de gloria y en la que se demostraron una vez más las excepcionales dotes militares del general insigne á cuyo valor y talento está confiada la pacificación de la perla de las Antillas. El combate, como es sabido, terminó con la victoria de los nuestros y la huida de los rebeldes, pudiendo la columna, después de diez horas de encarnizada y desigual lucha, continuar su marcha á Bayamo, en donde entró aquella misma noche.

Tan importante triunfo no se consiguió sin que nuestras tropas experimentasen sensibles bajas, entre las cuales se cuenta la del general Santocildes, que en lo más reñido del combate permaneció siempre en la vanguardia, en los sitios de mayor peligro. A pesar de los dos balazos que había recibido en el pecho, no quiso abandonar á los suyos en aquellos momentos supremos: los que le rodeaban comprendían

que no podía permanecer allí por más tiempo, y el mismo general en jefe envió un recado para que se retirara, á lo que él contestó que aún tenía espíritu y que mientras éste no le faltara no dejaría su puesto. Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, una bala le atravesó el cráneo por la sien izquierda, dejándolo muerto.

D. Fidel Alonso Santocildes, que al morir contaba cincuenta años, había ingresado en el ejército en 1859. En la anterior guerra separatista habíase batido bizarramente al frente del batallón de San Quintín, ganando todos sus grados hasta el de coronel por méritos de guerra. Al iniciarse la insurrección actual desempeñaba el cargo de gobernador militar de Manzanillo. Soldado experto y conocedor del terreno y de la manera de luchar del enemigo, no tardó en dar relevantes pruebas de sus excepcionales condiciones, y por sus brillantes hechos de armas había sido ascendido recientemente á general de brigada.

Como débil homenaje de respeto y admiración al valiente militar muerto heroicamente después de una vida llena de hechos gloriosos, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA honra sus columnas publicando el retrato del inolvidable general, reproducción de una preciosa fotografía que nos han remitido los conocidos fotógrafos de la Habana Sres. Otero y Colominas, á quienes damos gracias expresivas por su valioso envío.

#### Flor del bosque, cuadro de Fausto Zonaro

(Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1894). - Otras varias obras de este excelente artista pudimos dar á conocer á nuestros lectores con motivo de la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad. Entonces consignamos el favorable juicio que nos mereció el pintor paduano, reflejando en cierto modo la opinión del público y de la mayoría de los visitantes del Palacio de Bellas Artes. Por esta circunstancia creémosnos relevados de emitir nuevas consideraciones, circunscribiéndonos á felicitar al artista por su *Flor del bosque*, poética y sentimentalmente concebida y gallardamente representada por medio de la garrida campesina.

**Dibujos anticristianos chinos.** - Hoy que el mundo civilizado se horroriza ante las noticias de las terribles matanzas ocurridas en China, nos parece oportuno publicar los tres dibujos que reproducimos en la página 646, y que forman parte de un libro que se encontró en poder del infortunado misionero Mr. Stewart, de cuyo asesinato nos ocupamos en el número 714 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Estos dibujos han sido la mejor propaganda de los fanáticos chinos contra los cristianos; el pueblo ignorante, al contemplar las escenas que en ellos se representan, cree á pie juntillas los horrores que allí se le describen, é impresionado por lo que ve, como si fuese la realidad misma, se exalta é indigna y en un momento dado comete contra los aborrecidos europeos toda suerte de excesos. Este libro y muchos otros de carácter aún más repugnante se publican en Hunan, desde donde se diseminan por todo el imperio.

**En el baño, fotografía artística de Guarduce.** - Los progresos que desde el punto de vista material ha alcanzado la fotografía son harto evidentes y conocidos para que nos detengamos á examinar la transformación radical que ha sufrido desde los tiempos de Daguerre y de Talbot hasta nuestros días; pero no menos notables son los que en el arte fotográfico se han realizado en otro concepto, el propiamente artístico, y así hoy la cámara obscura reproduce escenas y espectáculos que pueden confundirse con copias de cuadros concebidos y ejecutados por inspiradísimos pintores. Entre las fotografías de este género merece lugar muy distinguido la del fotógrafo Sr. Guarduce que publicamos en la página 647.

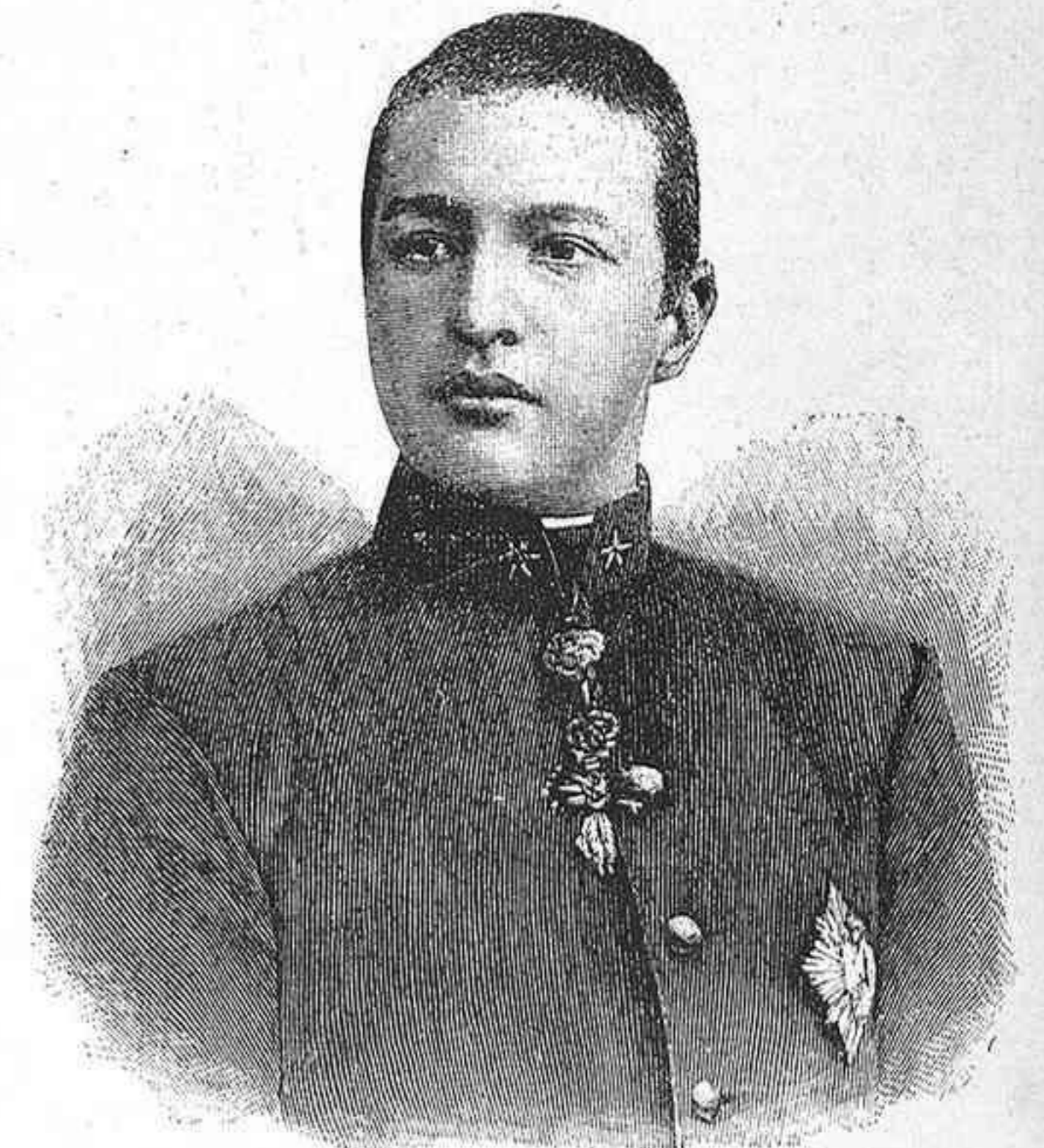
**Regreso de la caza, cuadro de Ernst.** - En un episodio de la caza del tigre, tan frecuente en las ardientes regiones africanas, se ha inspirado el autor del cuadro que reproducimos, y que por su acabada ejecución y por el carácter local que el autor ha sabido imprimir en las figuras y en el paisaje mereció grandes elogios de cuantos visitaron el último Salón de los Campos Elíseos de París.

**Jóvenes húngaros, cuadro de J. Valentiny.** - Al reproducir Valentiny la escena de miseria que sirve de asunto á su cuadro, ha cumplido uno de los fines del arte, que tiene por misión no sólo hacernos sentir las bellezas que son expresión de lo bueno, sino que también emocionarnos con todo aquello que mostrando una llaga social pueda impulsar á los favorecidos por la fortuna á buscar un remedio para extirparla.

**En pleno verano, cuadro de Marco Stone.** - El ilustre pintor inglés Marco Stone, individuo de la Real Academia de Londres, nos ofrece en su obra una nota de luz, de vida, de esplendores de la naturaleza: el estío se ostenta en su cuadro en toda su fuerza; en aquella atmósfera se siente el sofocante calor de la canícula, y los árboles del fondo arrojan sombras violentas que contrastan con la intensidad luminosa de los espacios descubiertos. Nadie dudará al contemplar su lienzo que el paisaje está tomado en pleno verano.

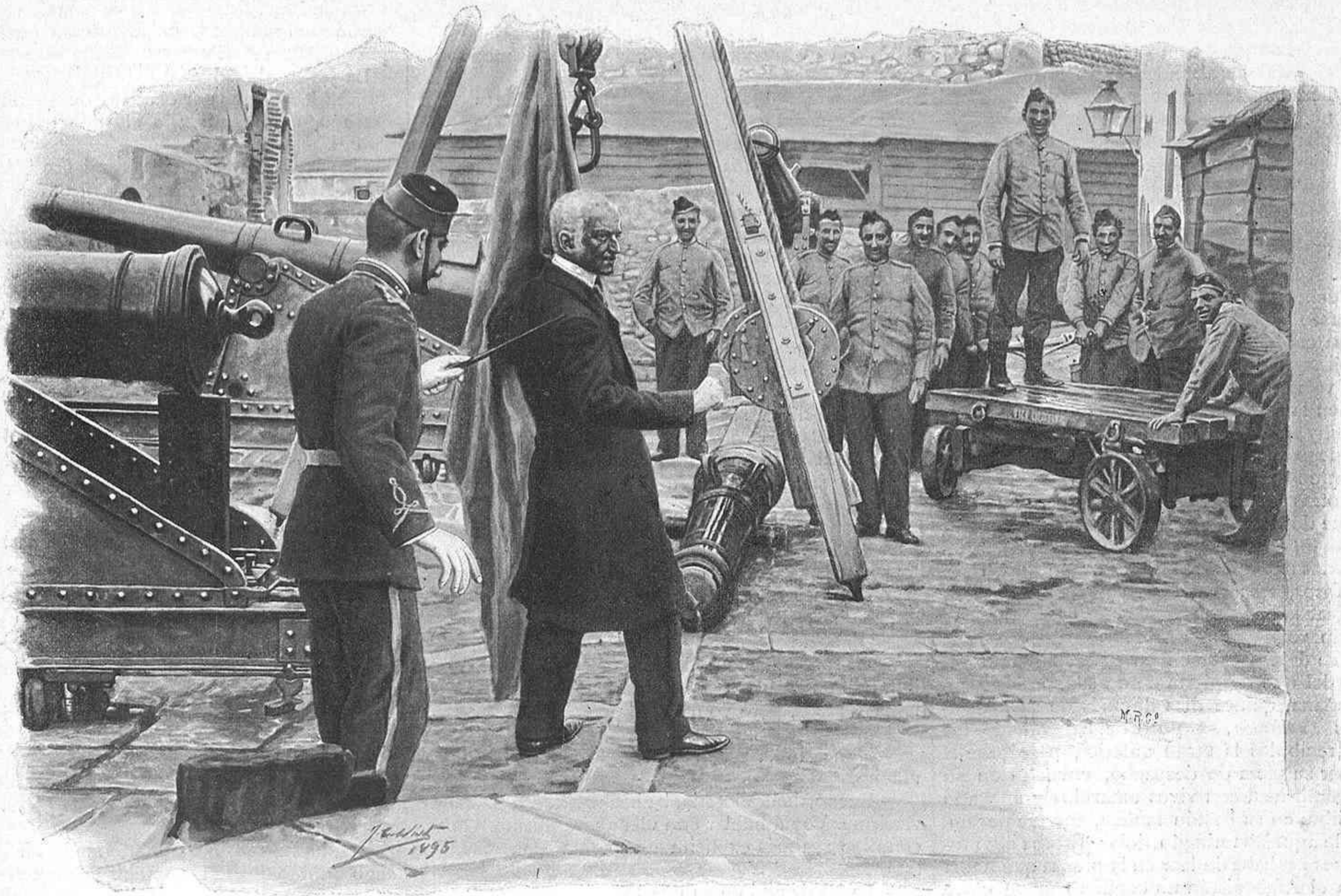
**Epílogo, cuadro de Vicente Cutanda** (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895). - En uno de los anteriores números ocupó el Sr. Balsa de la Vega, al estudiar las producciones que figuraron en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid, del notable cuadro de nuestro distinguido amigo D. Vicente Cutanda. Nada hemos de agregar á lo expuesto por nuestro compañero, ya que coincidimos en nuestras apreciaciones y como él creemos que *Epílogo* reproduce un cuadro de la vida obrera en los grandes centros industriales del Norte de España, que impresiona hondamente: tal es el sello de verdad, tal la crudeza del asunto y tan admirable la nota que se aproxima á la realidad tanto como su anterior cuadro *La huelga*.

**El archiduque Ladislao de Austria.** - El día 6 del corriente mes falleció en Budapest este joven vástago de la casa de Habsburgo, hijo del archiduque José, tan popular en Hungría. El archiduque Ladislao, cazador apasionado, salió de caza el día 2 del actual: á poco de haberse puesto en accecho disparó sobre un gato montés, hiriéndole mortalmente, y á fin de rematarle dióle un culatazo con tan mala suerte, que saliendo el tiro del segundo cañón de la escopeta, la bala, que era de las llamadas de expansión, fué á clavársele en la parte superior



EL ARCHIDUQUE LADISLAO DE AUSTRIA,  
muerto en 6 del actual, á consecuencia de un accidente de caza del muslo derecho, destrozándole el hueso. A consecuencia de esta herida falleció á los cuatro días.

El archiduque Ladislao había cumplido hace poco veinte años, y previos los correspondientes estudios en la escuela de cadetes de Budapest, hace un año fué nombrado teniente.



¿Adónde va usted con esa bandera?

## LAS DOS BANDERAS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

### PARTE CUARTA

#### I

A últimos de abril el marqués de Marbella y su hija hallábanse instalados en su posesión de *la Sombrosa*, en el Campo de Gibraltar. Desde principios de mes el marqués estaba impaciente en Madrid, como si no pudiese vivir á gusto lejos de aquel campo de ignominia española; pero Carmen consiguió con diversos pretextos retardar la traslación. Por fin tuvo que resignarse, y lo hizo con menos violencia, pues supo que el peligro de la enfermedad del conde de Shéridan había ya pasado, lo cual ella atribuyó, no sin fundamento, después de la intervención de Dios, á la breve misiva con que había alentado su esperanza. Presentía además que le vería pronto, tan pronto como se hallara medio restablecido. Hizo, pues, el viaje y la instalación en *la Sombrosa* algo más alentada. Ignoraba cómo cumpliría la promesa indicada á Carlos en su carta, pues ni siquiera admitía la idea de desobedecer á su padre; pero su tía, la duquesa de Rocamora, al despedirla habíale dicho: «No te desesperes antes de tiempo; en ocasión oportuna iré yo á reunirme con vosotros, y ya veremos;» y ella tenía gran confianza en su tía y en la cariñosa influencia que ésta ejercía en su padre. Además la juventud propende á la esperanza y rechaza como absurdo el dolor. Agréguese á esto que las cartas de la duquesa y los periódicos de Madrid que su padre recibía estaban contestes en consignar la convalecencia del conde de Shéridan Argile. Sin embargo, Carmen no podía desechar su intranquilidad, el carácter de su padre se agriaba de día en día, y la pobre joven veía el porvenir lleno de sombras, por entre las cuales se filtraban tenues rayos de esperanza.

Ahora ya es tiempo de que conozcamos al marqués de Marbella, punto de intersección de este poema de amor contrariado, cuyo aspecto moral trazó con sumo acierto el pretencioso ahijado de la duquesa de Rocamora. Sabemos los antecedentes del misántropo caballero, su patriotismo exaltado, su animadversión hacia todo lo inglés rayana en locura, y

sólo nos falta consignar que la pérdida de su esposa á los once años de matrimonio contribuyó más que nada á su retraimiento y á que tomase incremento su manía anti-inglesa. El marqués además padecía de dos enfermedades crónicas: reuma en ambas piernas y gota en el pie izquierdo, y por todas estas causas se comprende su aislamiento, mas no así que habitase preferentemente en el Campo de Gibraltar, para tener siempre á la vista la usurpadora bandera que execraba.

¡Misterios de la psicología ó de la locura, como había dicho muy bien el pollo Manrique!

Pasaba el maniático caballero de los sesenta años de edad, pero cuando no le postraban sus dolencias aún estaba ágil y vigoroso. Era alto y derecho. Tenía una hermosa cabeza de anciano prematuro, orlada de blanca y abundosa melena; frente despejada, cejas prominentes, facciones finamente pronunciadas, y en resolución presentaba el aspecto de un viejo de alta clase, que ha sido arrogante mozo.

Era, en los intervalos en que le dejaban descansar sus enfermedades, de amable trato y conversación amena. Como desde hacía años tenía por única distracción la lectura y no le faltaban memoria y discernimiento, había adquirido una instrucción sólida, y sólo desbarbaba al hablar de los modernos sistemas políticos, y sobre todo de Inglaterra. Aunque viviendo tan próximo, nunca había estado en Gibraltar, y sólo salía de su casa y de su jardín para ir al cercano pueblo de la Línea y asistir á la misa mayor en los días de precepto.

Tenía sus habitaciones en el piso bajo del palacio de *la Sombrosa*, que daba al campo, y componíanse aquéllas de un vestíbulo, una sala de recibir, una pieza de lectura muy amplia, con estantes llenos de libros, y en medio una gran mesa cargada de periódicos y revistas, y terminando la crujía que daba al campo una sala muy grande, á la que el marqués llamaba «la pieza de los recuerdos» y los criados «la pieza de armas», pues de ambas cosas tenía. Notábase en esta pieza una singular amalgama. Sobre dos mesas de jaspe había receptáculos de bronce llenos de devocionarios, rosarios, abanicos, imperdibles,

peinetas de concha y otros varios objetos que habían pertenecido á la difunta marquesa, cuyo retrato al óleo se destacaba en un lienzo de pared frente al del marqués, que estaba en la pared opuesta. En los ángulos de la sala había panoplias cargadas de armas antiguas y modernas (ninguna inglesa, por supuesto) y sobre éstas banderas españolas. En perchas móviles veíanse diversos trajes y uniformes: el de caballero de Calatrava, el de grande de España, el de maestrante de Sevilla y el de teniente de granaderos á caballo de la Guardia Real.

Todas estas piezas, excepto el vestíbulo, tenían ventanas que daban al campo. El dormitorio, cuarto de baño y aseo y comedor estaban en la parte opuesta hacia el lado del jardín, adonde se bajaba por una escalera de piedra de ocho escalones. El vestíbulo se comunicaba también con el portal del palacio por medio de otra escalera, y tenía además bajada á la puertecita que daba al campo. El mobiliario de estas habitaciones era rico, pero antiguo, como que databa, casi sin renovar más que alguno que otro mueble, de fin del siglo XVII.

La habitación de Carmen, situada en el interior del palacio, con vistas al jardín, estaba alhajada con más gusto y elegancia, pero siempre conservando el carácter andaluz, con tapices de palma de Filipinas, jarrones japoneses, búcaros, arañas de cristal, pajarera dorada, fuente de mármol llena de peces, en un gabinetito; cornucopias, colgaduras de muselina, cuadros al óleo y miniaturas, y tiestos de loza fina en todas partes. Los muebles se renovaban ó retocaban con frecuencia, pero cuidando de no alterar la marca ó estilo meridional.

El marqués tenía una servidumbre numerosa, y aun en el campo vivía con cierta ostentación, de la que nunca había prescindido, no obstante sus rarezas. Estaba encargado del cuidado de la casa un viejo mayordomo, que compartía este cargo con doña Victoria, el aya de Carmen. Servían al marqués dos ayudas de cámara: uno bastante viejo y otro muy joven. Carmen tenía á Antonia, á quien ya conocemos, una moza lugareña y á un lacayuelo que la acompañaba cuando salía á caballo. En las cuadras

había seis mulas, dos caballos de tiro y cuatro de montar, y en las cocinas pululaban cocineros y pinches; pues al marqués, como chapado á la antigua, gustábase el regalo y abundancia en la mesa, y de que la suya era succulenta y sobrada podían dar testimonio los numerosos pobres que acudían á *la Sombrosa* y de ella salían con hartura.

## II

Parecía que al marqués gustábase vivir en aquella campestre morada para reconcentrarse en su patriótica manía. A la hora de los crepúsculos solía apoyarse de pechos en el alféizar de sus ventanas para ver el frontero panorama de Gibraltar. Tal vez en la luz indecisa con que el sol aparece y se oculta, buscaba espejismos su mente perturbadora. Divagaba despierto, veía en su imaginación lo que hubiera deseado ver en la realidad. Veía crecer el mar, invadir los muelles, y subir, subir continuamente, anegar la ciudad y luego el Peñón y después el castillo, hasta sepultar entre sus aguas la maldita bandera encarnada. Veía otras veces una muchedumbre inmensa, sobre la que descollaban banderas españolas, llenar todo el campo, avanzar á la ciudad, asaltarla, romper las puertas bajo el fuego de los cañones ingleses, saltar los fosos, trepar al Peñón por todas partes, hasta pisotear la enseña usurpadora...

Y cuando volvía á la realidad, separábase de la ventana y se dejaba caer en un sillón, sintiendo el desaliento del que despierta de un sueño deleitoso.

Una mañana, quince días después de su instalación en *la Sombrosa*, á poco de haber leído los periódicos recibidos la tarde anterior, paseábase el marqués por su pieza de despacho, envuelto en su bata de casimir azul con vivos amarillos y apoyado por costumbre en su bastón muleta, aunque por entonces no le aquejaba ningún dolor. Estaba algo satisfecho, pues acababa de leer en la prensa que había surgido en el Afghanistan un conflicto grave entre Prusia é Inglaterra. El marqués pensaba en las eventualidades de guerra de las dos poderosas naciones, y en la probabilidad del triunfo en una lucha entre la ballena y el elefante. A veces asomábase á la ventana abierta de par en par, por donde penetraba la fresca brisa de aquella mañana de mayo; y según costumbre, miraba como fascinado el sombrío Peñón frontero.

De repente sonaron unos golpecitos en la puerta de la estancia, asomó una cabeza por entre la colgadura medio levantada, y una voz meliflua dijo:

-- ¿Se puede pasar?

Era doña Victoria, el aya de Carmen, á la cual el lector sólo conoce de pasada y de quien únicamente puede decirse que era una señora que brillaba solamente por su insignificancia. Pertenecía á una familia distinguida, venida á menos. Había sido amiga de la difunta marquesa de Marbella, que la trajo á su lado para que cuidase de Carmen en su niñez. Doña Victoria no había conseguido ninguna: fea, pobre y tonta como era; pero tenía bellísimo carácter y excelente corazón. Retraída del mundo y de sus pompas, el cariño de Carmen llenó su vida, y los cuatro años que ésta estuvo en el colegio, puede decirse que la buena señora vivió entontecida y como fuera de su centro. En el año 1882 doña Victoria tenía cincuenta y seis, y era una vieja seca, angulosa, de ojos pardos y cabellos grises. No había albergado nunca más que una mala pasión: la de la envidia hacia la nodriza de Carmen, disputándole palmo á palmo el cariño de la niña. Usaba siempre trajes cerrados hasta el cuello, aunque el mundo se abrasara de calor; pues tenía el prurito de defender su pudor, al que nadie atacaba. Hablaba poco y apenas se la sentía en la casa, como si tuviese afinidades con la raza felina.

— ¡Adelante!, contestó el marqués á la interrogación de doña Victoria.

Penetró ésta en el despacho y saludó con aire frío.

— ¿Qué ocurre?, repuso aquél, que no estaba acostumbrado á las visitas del aya.

— Quisiera decir á usted cuatro palabras.

— Diga usted aunque sean treinta. ¿Trae usted algún recado de Carmen?

— No, señor; es cosa mía.

— Pues siéntese y diga.

— El marqués se apoyó de espaldas en la ventana. Doña Victoria sentóse en una silla próxima y dijo titubeando:

— Se trata de la niña...

— Pues ¿no acaba usted de decir que era cosa suya?

— Sí, señor, mía, pero que se refiere á ella.

— Bueno, explíquese usted.

— A la niña, señor marqués, le pasa algo raro.

— ¡Algo raro á Carmen! ¿Qué quiere usted decir? ¿Se siente mal? ¿Ha tenido algún disgusto?

— Eso es lo que yo no sé, y este es el motivo de que le hable á usted de ella.

— Bueno, señora; al grano y no divaguemos. ¿Por qué dice usted eso?

— Porque parece que la niña era una y han puesto otra. Porque la niña era antes alegre, bulliciosa, inquieta, y ahora está triste y como ensimismada. Ya en Madrid había yo notado esta variación, pero lo achacaba al desmadejamiento que producen las continuas fiestas y trasnoches, y esperaba que volviendo al campo recobrase su acostumbrada animación. Pero nada, sigue lo mismo, ¡qué digo lo mismo, peor!..

El marqués oía al aya preocupado, pues recordaba la mutación que había observado en su hija en Madrid.

— Y no son aprensiones mías, prosiguió diciendo doña Victoria. Y si no, usted juzgará, señor. Antes no se pasaba un solo día sin que la niña saliera de casa: iba á la Línea, á San Roque, á las huertas, á todas partes: pues bien, con hoy hace seis días que no pasa del jardín.

— Ciertamente es raro, señora, dijo el marqués; pero ¿está enferma, se queja de algo?

— De nada, señor: la he preguntado muchas veces. Y el disgusto que tiene debe ser gordo, puesto que la hace hasta llorar.

— ¡Llorar!

— Sí, señor marqués, la otra mañana la sorprendí llorando en la plazoleta de la fuente. Me dijo que tenía jaqueca, pero yo no me la colé.

— ¿Estará triste de vivir aquí?

— Nunca lo ha estado, señor. El campo le gusta mucho.

— Bueno, doña Victoria, ha hecho usted bien en advertirme. Voy á hablar con ella ahora mismo. Quizá conmigo sea más explícita que con usted. ¿Dónde está?

— La he dejado en su cuarto.

— Dígame usted que venga.

— Señor marqués..., ni por su bien quisiera disgustar á la niña, y si sabe que yo...

— Bueno, entendido. La haré avisar por otro conducto. ¡Muchas gracias!, señora, y hasta luego.

— Me atrevo á rogar al señor marqués que si sonaca á la niña y no es cosa secreta...

— Enterar á usted de todo, pierda cuidado.

— No es curiosidad, señor, pero estoy inquieta. ¡La quiero tanto!

— Sí, ya lo sé, doña Victoria, hasta luego.

## III

El marqués hizo avisar á Carmen por medio del más joven de sus ayudas de cámara, y esperó á su hija muy preocupado. Carmen era el único consuelo en las desgracias reales ó imaginarias que sobre él pesaban. Vivía por ella y sólo por ella había podido soportar el dolor de sus enfermedades y los embates de su carácter exaltado. La alegría de su hija trascendía á él como exquisito y penetrante perfume, y al verla tan llena de vida olvidaba sus preocupaciones. ¡Y ahora, la alegría de aquélla, que era también la suya, veíase turbada! ¿Por qué? ¿Qué pena podía aquejar á aquella niña rodeada de todos los prestigios de la naturaleza y de la fortuna?

La presencia de su hija interrumpió las cavilidades del marqués. Dos horas antes Carmen había visto á su padre para darle el beso matinal, y hallábase algo sorprendida de que éste la llamara antes de la próxima hora del almuerzo. Acercóse, pues, al marqués con cierta inquietud, y le preguntó:

— ¿Sigues bueno, como estos días, papá? Cuando recibí tu recado temí que se te hubiesen iniciado la gota ó el reuma.

— No; á Dios gracias, me siento bien. Pero he sabido y observo cosas que me disgustan. Siéntate aquí á mi lado. Tenemos que hablar.

— No te comprendo, papá. ¿Te he dado algún motivo de disgusto?

— Sí, repuso el marqués abordando desde luego la cuestión. ¿Por qué estás triste, por qué no sales de casa y te diviertes como antes? Si algo te falta, si tienes algún capricho propio de tu edad, ¿por qué me le ocultas? ¡Oh, no te perdonaré nunca el que puedas dudar de mi cariño!

— ¡Dudar de ti, papá!, exclamó Carmen, no sabiendo qué decir.

— Pues bien, ábremos tu corazón. La mutación de tu carácter es tan marcada que todo el mundo la ha notado. Habla, pues, pero con entera franqueza. Considera que lo único que me hace soportable la vida es la idea de tu felicidad.

— ¡Oh, papá!, exclamó Carmen muy conmovida por las palabras de su padre.

— ¿Qué sacrificio no haría yo para dártela siempre?, continuó el marqués, ¿ni qué deseo puedes abrigar que no pueda ser inmediatamente satisfecho?

La joven abrazó á su padre y estuvo á punto de confesarle su amor por el conde de Shéridan, pero se contuvo, comprendiendo el rudo golpe que sería para él.

— Si te aburres en esta soledad, prosiguió diciendo el marqués, yo no soy tan raro ni tan egoísta que te prive de tus gustos juveniles. Estos días estoy fuerte y ágil; aprovechémoslos. Vamos á Madrid, á San Sebastián, á Biarritz, adonde tú quieras, que haya gente y diversiones. A tu lado estaré contento en todas partes: lo que no puedo soportar es la idea de verte triste y no saber la causa.

Carmen sintió humedecerse sus ojos.

— ¿Lo ves?, ahora mismo estás llorando...

— De alegría, papá, por lo mucho que me quieres.

— Eso es no decir nada. Contéstame categóricamente.

— Pero papá, ¿qué he de decirte?

— ¿Te aqueja alguna dolencia?

— Ninguna.

— ¿Nos vamos de aquí?

— Por mi gusto no.

— ¿No tienes, pues, nada que decirme?

— Que te quiero con toda mi alma; que eres el mejor de los padres; que tú y mi buena aya, turbados por el cariño, veis en mí cosas que no existen...

— ¡Carmen!, interrumpió el marqués, moviendo la cabeza en aire de duda.

— Pues bien, papá, si me prometes no inquietarte por mí, te diré una cosa.

— ¿Qué?

— ¿Me prometes no preguntarme hasta que yo te lo diga?

— No te comprendo.

— Quiero decir que has adivinado en parte. Que tengo un deseo para el porvenir y cuento con tu cariño para lograrle.

— Pero hija mía...

— No hablemos de eso ahora, te lo suplico. Ya verás cuando llegue el caso lo mucho que confío en tu ternura. Verás cuánto tendré que agradecerte.

Y Carmen echando los brazos al cuello de su padre, estampó dos cariñosos besos en la mejilla del anciano y salió apresuradamente del despacho, sin duda para evitar más explicaciones.

Desde aquel día salió en parte de su retraimiento. Estaba intranquila respecto á la solución de sus amores, pero su esperanza íbase haciendo más sólida. Si sólo por vagos amagos de tristeza habíase mostrado su padre solícito y alarmado, hasta el punto de estar pronto á sacrificarla su perpetua afición al aislamiento, ¿qué no sacrificaría á su felicidad?

Además, en la última carta de su tía, la duquesa de Rocamora, había un párrafo, insignificante al parecer, que ella leyó con emoción profunda. Entre otras noticias referentes á los altos círculos de Madrid, decía la duquesa: «El conde de Shéridan Argile se halla completamente restablecido.» Si estaba restablecido no tardaría en verle: esto era indudable para ella. Animada por esta idea, volvió á salir con frecuencia de la posesión: todos los días esperaba encontrarse con Carlos. La duquesa anunciaba también su próximo viaje á *la Sombrosa*, y todas estas cosas excitábanla de tal modo, que procuraba entretener con el movimiento las inquietudes de su espíritu.

Transcurrieron cinco ó seis días. La duquesa retardaba su viaje, el conde de Shéridan no se presentaba. La incertidumbre, esa sierpe á la que no se ve, pero cuyo infestado aliento se aspira, atormentaba el corazón de la pobre enamorada. Dudó por primera vez del amor de Carlos: «¿La habría olvidado? ¿Habría vuelto á recaer en su enfermedad?» Por fin una mañana, cuando, según costumbre, se asomó á una de las ventanas del cuarto de su padre, mientras éste en su despacho leía los periódicos, vió á un jinete que hacía galopar á su caballo alrededor del *Pradillo*, bien así como el que arrienda un potro en un picadero. Carmen, trémula de emoción, le conoció en seguida. El jinete, que sin duda aguardaba el ser notado por medio de aquel ejercicio, dió un corto rodeo, y siguiendo la fachada del palacio al paso de su montura, sin detenerse ante la reja en donde estaba Carmen, dijo á ésta:

— ¿A qué hora vengo aquí esta noche?

— Después de las diez.

## IV

Dos días después, á la una de la tarde, hallábase el marqués de Marbella repantigado en el sillón de su mesa de despacho, fumando un riquísimo habano y entregado á sus perpetuas cavilaciones; cuando se

presentó Ramón, su viejo ayuda de cámara, trayendo en una bandeja una tarjeta con un pico doblado. Tomó el anciano señor la tarjeta y leyó en ella: «Conde de Shéridan Argile.»

— ¡Un inglés!, murmuró muy sorprendido, y luego dirigiéndose a Ramón, preguntó: ¿Está ahí el dueño de esta tarjeta?

— Pues claro, señor, por eso ha doblado un pico, contestó el ayuda de cámara.

— ¡Visítarme un inglés, es extraño!, repuso el marqués, y luego volviendo a leer la tarjeta añadió: «Conde de Shéridan Argile...» ¿Dónde he oído yo este nombre?. ¡Ah, sí, es el joven que socorrió a Carmen en el percance del estanque! ¿Qué me querrá? ¿Dónde espera ese caballero?, preguntó al criado.

— En el gabinete del vestíbulo de abajo.

— Condúcele a esa sala próxima y ven a ayudarme a quitarme esta bata y ponerme cualquiera cosa.

Cuando entró el marqués en la sala de recibir, Carlos miraba al campo por la ventana y no sintió llegar a aquél. El buen señor, no obstante su manía antibrítánica, no pudo menos de pensar en que el joven inglés era un apuesto y simpático caballero, y Carlos al ver al anciano recibió la misma impresión favorable respecto al padre de Carmen, a quien sólo había visto de lejos y de pasada.

— ¿A qué debo, caballero, el honor de esta visita?, preguntó el marqués con su innata cortesía de gran señor. ¿Es que viene usted a recordarme una deuda de gratitud?

— ¿Una deuda, señor marqués?

— Mi hija debe a usted quizá la vida, y yo hasta ahora no he tenido ocasión de darle las gracias.

— No hablemos de eso, señor: yo sólo tuve la suerte en aquel trance de llegar antes que todos.

A una indicación del marqués, habíanse sentado ambos en un diván. Hubo un momento de silencio. El marqués esperaba a que el joven hablase, y éste estaba evidentemente emocionado. Por fin dijo:

— Ante todo, ruego a usted que me perdone el haberme presentado yo mismo, pues no tengo aquí amigos que lo sean de usted; con tanta más razón, por cuanto es trascendental el objeto que me induce a dar este paso.

El marqués se agitó en su asiento.

— Señor marqués de Marbella, prosiguió Carlos cada vez más conmovido, me llamo el conde de Shéridan Argile, soy lord y par de Inglaterra, y católico, como lo fueron mis padres y mis abuelos. Tengo cuarenta mil libras esterlinas de renta y espero otras cincuenta mil más.

Y poniéndose en pie y saludando al marqués, continuó diciendo:

— Suplico a usted que me haga el honor de concederme la mano de su hija.

El marqués puso también en pie: oprimió convulsivamente la muletilla del bastón en que se apoyaba y no contestó. Hallábase en el caso de un hombre que hubiera recibido un golpe violento: aturcido de sorpresa y dolor. Sin embargo, vió claro y se explicó la situación. Hizo un supremo esfuerzo de voluntad y dijo con voz reposada:

— ¿Supongo, caballero, que para dar este paso habréis contado con la aquiescencia de mi hija?

— De otro modo nunca me hubiera atrevido, contestó Carlos.

Y observando la emoción que el marqués en vano trataba de ocultar, repuso:

— Comprendo, señor, que *nuestras* aspiraciones no colman los deseos de usted; pero me atrevo a advertirle que de su decisión pende la felicidad de dos corazonas.

En aquellos cortos instantes el anciano caballero había hecho un recuento mental. Recordó el lance del estanque, las inexplicables tristezas de su hija y las reticencias de ésta en la breve explicación que con ella había tenido. Pudo, pues, dominarse por completo y dijo a Carlos:

— Doy a usted gracias por el honor que desea hacer a nuestra familia; pero es tan trascendental y ha sido tan inesperada la petición de usted, que le ruego me otorgue un breve plazo para contestarle. Sin dudar de usted, tengo que consultar a mi hija y a mi hermana la duquesa de Rocamora, que hace años le sirve de madre.

— La señora duquesa aprueba también mis proyectos.

— Pues bien, caballero, mi hermana, según me anuncia, no tardará en llegar, y previo el oportuno consejo de familia, tendré el honor de dirigirle mi contestación adonde usted me diga.

— Mé hospedado en el hotel del Norte.

— Allí tendrá usted en breve noticias nuestras.

Carlos comprendió que el marqués deseaba quedarse solo. Saludó, y al marcharse dijo con profunda emoción:

— Señor marqués, cuando yo, no obstante ciertos antecedentes, me he presentado a usted, autorizado por quien tanto le ama y le respeta, comprenderá que cedemos a un impulso superior a nuestra voluntad...

— Lo comprendo todo, caballero: mi edad y mi larga experiencia me han dado este triste privilegio.

El marqués acompañó a Carlos hasta el vestíbulo. Luego dirigióse apresuradamente a su despacho.

Decidida la duquesa de Rocamora a proteger el inevitable amor de su sobrina y del conde de Shéridán, que cada día le era más simpático, había resuelto preparar a su hermano, antes de que ambos jóvenes le formularan sus deseos; mas posteriormente varió de plan, juzgando que los golpes imprevistos son los que más efecto producen. En consecuencia, acordó con Carlos, cuando estuvo restablecido, que se presentara al marqués inopinadamente, para que pasada la primera sacudida en el ánimo de aquél, ella y Carmen pudiesen ir labrando en su voluntad. El conde opuso una objeción: temió alguna inconveniencia, motivada por el carácter arisco del anciano caballero, que ahondase las dificultades; pero la duquesa le tranquilizó respecto a este particular: su hermano nunca faltaría a los deberes de la cortesía. Así, pues, con anuencia de Carmen, que tenía gran fe en las decisiones de su tía, y después de hablar con aquélla por la reja dos noches seguidas, se decidió Carlos a presentarse al marqués.

Más de una hora estuvo éste encerrado en su despacho, después de haber recibido la inesperada visita del conde de Shéridan. Lo que pasó en él, dados sus antecedentes, fácil es suponerlo, mas no consignarlo.

Por fin consiguió serenarse y mandó llamar a su hija.

Carmen se presentó a su padre turbada y recelosa: esperaba quizá una explosión de cólera; pero el marqués la atrajo a su lado cerca de la ventana y le dijo con acento tranquilo, pero tan triste que parecía salir del fondo de un abismo:

— He recibido una visita.

— Lo sé.

— El conde de Shéridan Argile.

— Le he visto al salir.

— ¿Le amas mucho?

— Tanto, padre mío, que por él me he atrevido a darte un disgusto, contestó la joven prorrumpiendo en lágrimas.

— No llores, hija mía, dijo el marqués acariciando los rubios cabellos de su hija: en los tejidos de la vida no puede haber satisfacción para todos...

— ¡Oh, papá, perdóname!, interrumpió Carmen, estrechando entre las suyas las manos de su padre. Bien sabe Dios cuánto he luchado, pero el conde de Shéridan ha estado a punto de morir por mí.

Y luego, viendo brillar las lágrimas en los ojos del anciano, repuso, colgándose a su cuello:

— ¡Oh, papá, no llores! Tú eres antes que todo, suceda lo que suceda, si este enlace te es tan doloroso, no se hará.

El marqués estampó un prolongado beso en la frente de su hija, se enjugó los ojos, y dijo con acento trémulo de ternura:

— ¡Lo que la mujer quiere lo quiere Dios!

En aquel instante sonó en el campo un estrepitoso campanilleo. El marqués se asomó a la ventana a tiempo que pasaba un coche de colleras, tirado por cuatro mulas. Asomó al carruaje una cabeza y una mano que saludaba con un pañuelo.

Era la duquesa de Rocamora.

V

Todo estaba convenido. A fines de julio los novios se casarían en la iglesia parroquial de la Línea. El obispo de Cádiz, entroncado con la familia de Marbella, les daría la bendición nupcial y serían padrinos de boda la duquesa de Rocamora y el marqués de Marbella. Tendría por únicos invitados a la boda al conde de Brenes y a su hijo (si se dignaba asistir). Además se privaría de la presencia de lord Wolff y de sir Osvaldo Limerik, por no herir la susceptibilidad anti-inglesa del marqués. Si éste no se mostraba muy disgustado, los recién esposos se instalarían en *la Sombrosa*, y de no, procederían según las circunstancias. Carlos era admitido como novio oficial y hacía su diaria visita al palacio, sin perjuicio de hablar con Carmen por la reja después de recogerse el marqués. La duquesa estaba en Madrid dirigiendo la confección del equipo de boda de su sobrina. Iban llegando regalos, que eran muchos y valiosos, sobresaliendo entre todos el de lord Wolff, consistente en un soberbio aderezo de brillantes y rubíes, avalorado en doscientos mil francos. Sir Osvaldo Limerik envió un marco de oro de un metro en cuadro, primorosamente tallado, y en la carta de remisión decía a su amigo Carlos: «Para que coloques el retrato del pri-

mer nene.» El conde de Shéridan mandaba todas las mañanas un ramo de flores a su prometida, confeccionado por un famoso jardinero de la ciudad. Carmen enseñó a su padre el primer ramo que recibió, lo cual dió motivo a que el marqués profririese la primera y última frase amarga al decir: «Es precioso, pero huele a Gibraltar.» Fuera de esto, mostrábase tranquilo y correcto, hacía la visita a Carlos todos los días durante media hora, hablando con él de cosas indiferentes, que nunca aludían a Inglaterra, y luego se retiraba a su habitación, dejando a los novios en compañía de doña Victoria.

El horizonte, pues, parecía estar tranquilo, sin una nube que empañara aquel cielo de próxima felicidad. Sin embargo, Carmen hallábase triste é inquieta. Su cabecita se inclinaba bajo el peso de un presentimiento. Se sorprendía de no ser dichosa, como la Valquiria de la leyenda de que no la alumbrase el astro que llevaba en la frente. Creía ver más opaca cada día la fisonomía de su padre, observaba con pertinacia los extraviados ojos de éste, cuya córnea íbase volviendo amarillenta, y sintiendo vértigos, temía la locura hereditaria. Ansiaba que llegase el momento de unir su suerte a la de su prometido, y al propio tiempo lo recelaba, bien así como el enfermo que teme la operación dolorosa que le ha de curar ó matarle. En presencia de Carlos olvidaba sus inquietudes y concebía esperanzas; pero ausente éste, sentía las sacudidas nerviosas que preceden a la tempestad. Cuando hablaban por la reja decía a Carlos: «Te amo tanto que temo por ti,» y como el joven mostrara su extrañeza, solía añadir: «Yo no puedo separarme de mi padre anciano y enfermo, ¿podrás tú soportarle?» A lo que él respondía: «Lo único que yo no soporto es vivir sin ti.»

A mediados de Julio regresó de Madrid la duquesa de Rocamora trayendo el equipo de novia: era una maravilla de riqueza y elegancia. Fue expuesto, juntamente con las joyas, en el gabinete del cuarto de Carmen, y la ex nodriza de ésta y demás privilegiados que tuvieron ocasión de verle, quedáronse embobados ante las piedras deslumbrantes, los trajes soberbios, las batas de incomprensibles telas, los abanicos cincelados y las cajas de medias de exquisita finura.

Sólo Carmen lo miraba casi con miedo: parecía que aquellas cintas y encajes no eran como nubes arreboladas tras de las que asomaba el sol de la felicidad, sino las tristezas del claustro.

La noticia de la boda de la hija del marqués de Marbella cundió por el Campo de Gibraltar con satisfacción de cuantos conocían a la hermosa y caritativa joven. En aquel enlace sólo había un punto negro, el origen del novio; pero se decía: «Cuando ella le quiere y el marqués le ha aceptado, por algo será.»

Llegaron a *la Sombrosa* el conde de Brenes y su hijo, muy curioso éste de observar el aspecto del marqués ante la perspectiva de aquella alianza con la pérdida Albión; llegó también el obispo de Cádiz, y nada faltaba ya. Así es que en cuanto hubo descansado un par de días el anciano prelado, señalóse el subsiguiente para la boda.

Carmen seguía observando con ansiedad a su padre, cuyos ojos estaban enteramente amarillos con un círculo violáceo.

Amaneció por fin el día señalado. El cielo presentóse favorable, puesto que apareció completamente entoldado de nubes, que con una fresca brisa marina atenaban los terribles calores de la estación.

La novia, que apenas había dormido, entró muy temprano en el dormitorio de su padre, a quien halló en la cama. Al verla el anciano alargó las brazos y la atrajo hacia sí, diciéndole:

— ¡Mala noticia, lucero mío! Estoy con la gota.

Carmen quedóse consternada.

— ¿Pues cómo, papá?, dijo apenas su emoción la permitió hablar; anoche te encontrabas bien.

— Sí, pero tú sabes que este maldito mal ataca de repente. A media noche sentí los primeros dolores, que gracias al láudano se atenuaron al amanecer. No he podido pegar los ojos.

— Entonces, papá, voy a dar orden de que todo se suspenda.

— De ninguna manera.

— Pero papá...

— Sería un trastorno, sobre todo para el obispo, que tiene que volver a Cádiz inmediatamente. El conde de Brenes me sustituirá como padrino...

— ¿Pero no podríamos esperar siquiera uno ó dos días?

— Bien sabes que mi achaque dura siempre más. Carmen inclinó la cabeza.

— No te entristezcas, lucero. Desde aquí uniré mi bendición a la del prelado. Tal vez la idea de tu felicidad apresurará mi restablecimiento.

La mañana avanzaba, y a su luz, que iba tomando

cuerpo y penetraba por el balcón del dormitorio, pudo ver Carmen el rostro de su padre, que estaba cadavérico.

Prorrumpió en llanto.

— Pero ¿por qué lloras, niña mía?, dijo el marqués, acariciando, según costumbre, la cabeza de su hija. No es tan grave la contrariedad: yo no hago falta.

— ¿Que no haces falta?, exclamó Carmen acrecentando sus lágrimas.

En este momento entró la duquesa de Rocamora, y enterada de la novedad estuvo de acuerdo con su hermano. Aunque contrariada también, trató de consolar á Carmen, que tuvo que resignarse.

Habíase fijado para las diez la ceremonia nupcial. A las nueve el conde de Brenes y su hijo fueron á Gibraltar á reunirse con el novio, y le acompañaron á la iglesia parroquial de la Línea, en donde debía esperar á su prometida. La entrada del conde de Shéridan en el pueblo, en una carretela tirada por cuatro soberbios alazanes tostados, fué como la enunciación de los esplendores de la boda. Entretanto en *la Sombrosa* Carmen dejábase vestir el traje nupcial, prestando escasa atención á las observaciones de su tía, de su ex nodriza y de Antonia, que se ocupaban en aquella faena. Su pensamiento, como un volante negro y golpeado, volaba de Carlos á su padre y de éste á aquél. Vestida ya y todo á punto, fué al cuarto del marqués, á quien halló incorporado sobre las almohadas y que al verla hizo un gesto indescriptible. La escena fué breve y triste. Carmen, llorando, besó á su padre con efusión y le dijo: «Adiós, papá, hasta luego.» El anciano señor apenas pudo pronunciar algunas palabras.

En la puerta exterior de la posesión esperaban dos carruajes, uno tirado por cuatro caballos y el otro por cuatro mulas. En el primero se instalaron Carmen, la duquesa y el obispo, y en el segundo dos sacerdotes que habían venido acompañando á éste.

Llegaron al pueblo, en cuya entrada esperaba un numeroso gentío.

*La Sombrosa* quedó casi desierta, pues la mayoría de la servidumbre había pedido permiso para asistir á la boda.

## VI

El marqués llamó á su viejo ayuda de cámara y le preguntó:

— ¿Se han ido ya?

— Sí, señor.

— Vete, no te necesito.

— ¿Va á continuar el señor en la cama?

— No sé lo que hará. Te llamaré si me haces falta.

Salió el criado del dormitorio, un tanto sorprendido del tono brusco de su amo. Inmediatamente que estuvo solo, el marqués separó violentamente las ropas de la cama y saltó de ella con agilidad juvenil, vistiéndose la ropa de casa y se trasladó á sus habitaciones exteriores, cuyas cerradas ventanas abrió de par en par. Hecho esto, comenzó á pasearse á lo largo de todas las piezas. Agitaba convulsivamente las manos, murmuraba palabras ininteligibles: todo revelaba en él una conmoción profunda. Se detuvo junto á una ventana, miró al exterior y quedóse inmóvil y como petrificado, con los ojos fijos en la frontera ciudad y el Peñón adyacente, que destacábase sombrío en la relativa obscuridad de aquel día nublado, y sobre el cual oscilaba á impulsos del aire la bandera inglesa como una movable ráfaga de nube.

De repente prorrumpió el anciano en frases incoherentes, cuyo diapasón fué elevándose.

«¡Oh!, decía con los labios contraídos por la cólera. ¿No hay quien corte la cabeza á ese odioso pulpo, que abarca el mundo con sus tentáculos que nunca sueltan la presa; que chupa la sangre del corazón de sus víctimas, marcando con un estigma su frente; que hipertrofia los pulmones de las nacionalidades, permitiéndolas respirar apenas; que en sarcástico lema pone el nombre de Dios al lado de su derecho, como si pudiese creer en un Dios que tales cosas permite; que llama *graciosa* á su soberana; que envenena con opio para dominar, y vengando se consuela del odio del mundo? Los pueblos temerosos é ilotas por egoísmo, se resignan á sus rapiñas y presencian atónitos depredaciones y bombardeos de ciudades. Toleran que exista en Europa, centro de la civilización del planeta, ese antro donde se refugian todos los criminales, ese Leviatán insaciable, con la garra afelpada del leopardo; coloso de oro, de corazón podrido, que como el rey persa se muere de hambre en medio de sus tesoros.»

Enmudeció un instante. Su pecho jadeaba, el dolor reprimido durante tantos días, había producido una combustión de ira que asomaba á sus ojos sanguinolentos. Luego arrírmase más al alféizar de la ventana, como si esperase ser oído mejor, y prosiguió diciendo:

«¡Oh, pueblo infame, que se impone á Dios creando una religión á su gusto; pueblo de borrachos y esclavos, saturado de orgullo, gangrenado de inmoralidad! ¡Y he de tener yo nietos ingleses, he de oír hablar esa maldita jerga! ¡La sangre de Garci-Pérez de Vargas va á unirse á esa sangre maldita!»

Se retiró de la ventana, dió unas cuantas vueltas, volvió á asomarse, y amenazando con el puño á la ciudad execrada, exclamó:

«Allí está, allí se mueve ese trapo encarnado que representa la detención de todo derecho, que ha aventado en la India la libertad de millones de seres humanos, que estruja entre sus pliegues la dignidad de los pueblos, que enturbia desplegada el cielo de tantas nacionalidades!.. No, no será: allí debe erguirse otra bandera, la de la patria, la de Alfonso XI, que se tiñó de sangre en ese Peñón... Yo haré lo que no hace España. Abatiré ese odioso pabellón y pondré en su lugar la enseña de la patria. Hoy habrá en Gibraltar dos banderas: una ondeando al viento, otra postrada en tierra.»

Y presa del vértigo de aquella demencia de tantos años, el anciano marqués, á quien la excitación nerviosa daba alientos juveniles, entró en la pieza de armas, tomó una bandera española de las cuatro que allí había, cruzó las habitaciones y el vestíbulo, y bajando la corta escalera que comunicaba con la puertecilla del campo, salió á éste. Nadie le vió salir: los pocos criados que habían quedado en *la Sombrosa* estaban en la parte opuesta. Por una fatalidad inconcebible el campo estaba desierto, aun cuando por allí cruza el camino de la Línea á Gibraltar. El marqués tomó una senda que partiendo de la posesión va á unirse á dicho camino. Siguiendo maquinalmente, porque no tenía conciencia de sus acciones, marchaba hacia la ciudad que veía, como el héroe de Julio Verne hacia el polo que creía ver. Agitaba convulsivamente la bandera y pronunciaba frases incoherentes. Al llegar al punto de unión de la senda y del camino, venía un hombre montado en una mula con aguaderas, al cual el anciano demente no vió ó no quiso ver. Pero el hombre, que era mozo de la fragua de Juan, el hijo del tío *Caracoles*, conocía al marqués de Marbella, y paró su montura asombrado, saludándole, mas no atreviéndose á hablarle. Venía el mozo de Gibraltar, de comprar dulces y pastas finas, por encargo de Micaela la ex nodriza de Carmen, pues ésta, á ruego de aquélla, había prometido detenerse un rato en su casa, después de la ceremonia nupcial. El mozo comprendió que algo extraordinario pasaba al anciano señor, y tuvo intenciones de seguirle, pero no tenía espacio si habían de llegar á tiempo los encargos que llevaba. Avivó, pues, á la mula; en el pueblo supo que la comitiva nupcial estaba todavía en la iglesia, se dirigió á ésta y llegó á punto de que salían los recién casados y su acompañamiento. Vió á su maestro, enteróle de cómo había encontrado al marqués yendo hacia Gibraltar con una bandera en la mano, cundió la noticia y todos se sobresaltaron.

Entretanto el marqués avanzaba en dirección á la ciudad. No le faltaron las fuerzas ni un solo instante. Andaba erguido y presuroso, aunque por mal terreno, pues inconscientemente se había salido del camino. Una mujer con una cesta al brazo venía hacia él: al verle de lejos se sorprendió; pero cuando al acortar la distancia pudo distinguir aquella espantable fisonomía en la que resaltaba la demencia, cambió de dirección y echó á correr asustada. Él no se fijó en esto, y aunque dando rodeos, llegó por fin á



la única puerta de Gibraltar, la traspasó y anduvo un trecho, hasta que fué notado por un grupo de agentes de policía inglesa. Destacóse uno de ellos, y no se limitó á pedirle el pase necesario para entrar en la plaza, sino que admirado del aspecto del marqués y

de la bandera que llevaba, le puso su varita al pecho y le preguntó en español, que todos hablan bien ó mal:

— ¿Adónde va usted con esa bandera?

El anciano caballero no le hizo caso. No conocía los lugares y buscaba con la vista la subida al Peñón. Separó con el brazo la varita del agente y dió algunos pasos; éste entonces asióle de un brazo; el marqués se soltó violentamente, se apartó un poco, con la lanza en que remataba la bandera hirió á aquél en el cuello, y quiso seguir andando; pero había llegado al primer puesto militar inglés, y el centinela, viendo lo sucedido con el agente y que el agresor se dirigía hacia él, hizo un disparo, y el infeliz demente, herido en la cabeza, cayó al suelo de bruceas abrazado á su bandera.

En aquel momento un carruaje tirado por cuatro sudorosos caballos se detenía en la puerta de la ciudad. Guiábale el conde de Shéridan, y lo ocupaban Carmen, la duquesa de Rocamora, el conde de Brenes y su hijo. Al oír el disparo, influidos todos por un mismo presentimiento, bajaron del coche. Carlos quiso adelantarse; pero viendo gente que corría é iba formando un compacto grupo, Carmen se agarró al brazo de su marido y los demás los siguieron...

Lo restante, yo no sé expresarlo: puede figurárselo el lector.

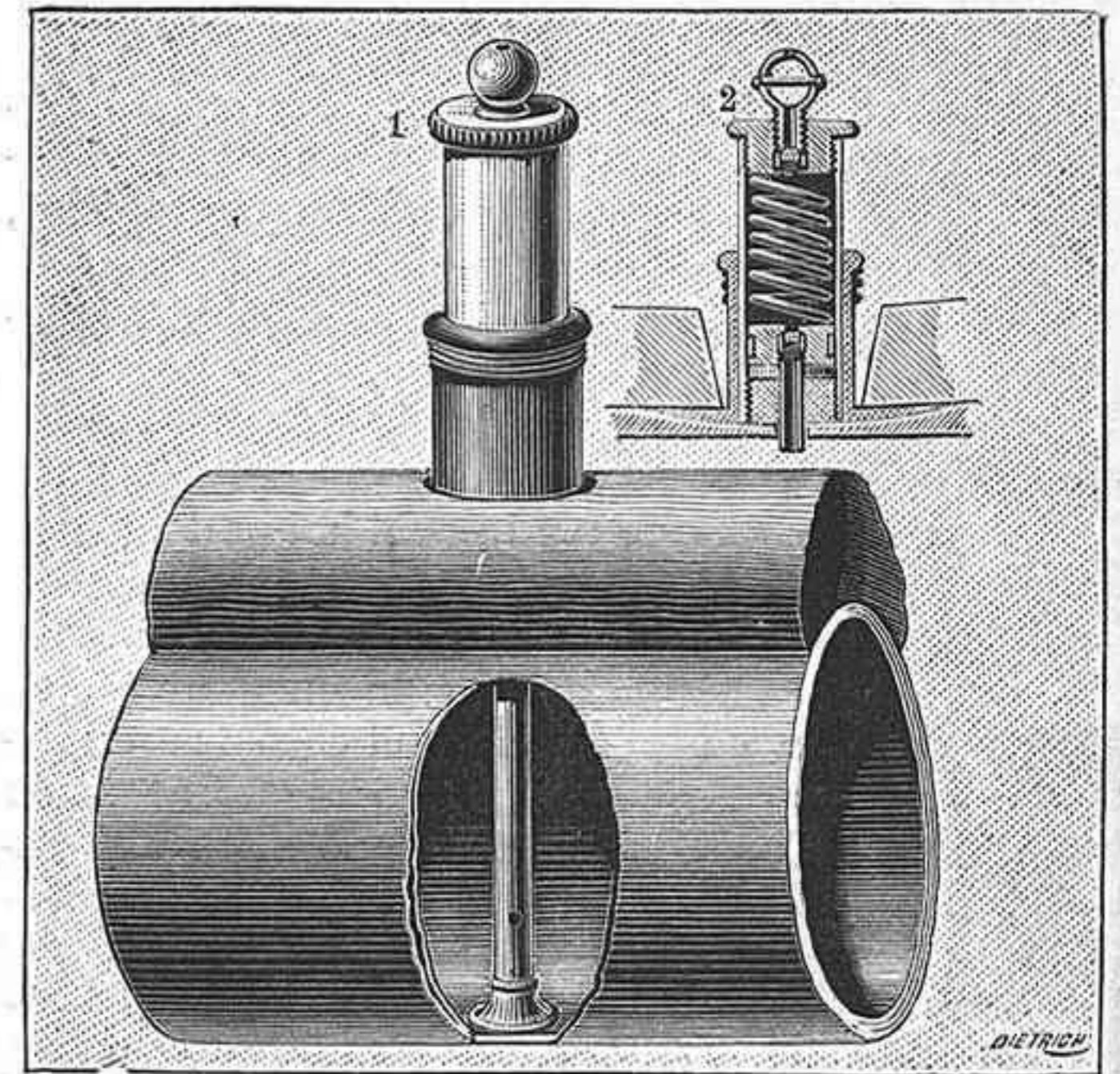
El marqués de Marbella cumplió su propósito, aunque en sentido inverso á su voluntad: aquel día hubo en Gibraltar dos banderas: una enhiesta en el Peñón, la otra postrada en tierra, como lo está hace tantos años la dignidad española.

F. MORENO GODINO

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### NEUMÁTICO DE HENCHIDURA AUTOMÁTICA

Aunque la tira neumática fué inventada en 1845, no se aplicó á los ciclos hasta 1889, desde cual fecha ha sido objeto de continuos perfeccionamientos: uno



Neumático de henchidura automática

de ellos es el aparato que reproducimos y que, si da los resultados que se suponen, suprimirá las bombas que sirven para henchir los neumáticos. La idea de su inventor, M. Felipe W. Standford, de San Francisco (Estados Unidos), es utilizar el movimiento del mismo ciclista indefinidamente durante el viaje para mantener el neumático henchido. El aparato, no más voluminoso que las válvulas de las bicicletas ordinarias, está constituido, como puede verse por la sección transversal de la derecha de nuestro grabado, por una bomba minúscula cuyo pistón está aplicado á la parte inferior del cilindro por medio de un potente muelle y que se levanta á cada vuelta de rueda por el aplastamiento más ó menos completo del neumático y por la mediación de un mango terminado por un botón que comunica directamente con la cámara del aire convenientemente reforzada en este punto para evitar un desgaste demasiado rápido. Mientras el pistón se levanta, el aire pasa de la parte superior del cilindro á la cámara de aire, y cuando baja por la acción del muelle, el aire exterior es aspirado en el cilindro por un agujero microscópico dispuesto en el botón. Cuanto mayor es el aplastamiento del neumático, más largo es el espacio recorrido por el pistón y mayor el volumen de aire inyectado en la cámara á cada vuelta de rueda.

Este sistema es muy ingenioso, pero ofrece algunos inconvenientes. En primer lugar exige una henchidura previa, de suerte que no suprime en absoluto

la bomba; en segundo la bomba funcionará con marcha variable, produciendo un centenar de golpes de pistón por minuto, lo cual hará que éste se gaste pronto y exigirá una conservación continua. Finalmente, en el caso de un desenchimamiento brusco por desgarramiento de la cámara de aire, el mango que gobierna el pistón se inutilizará inevitablemente y la bomba no podrá funcionar.

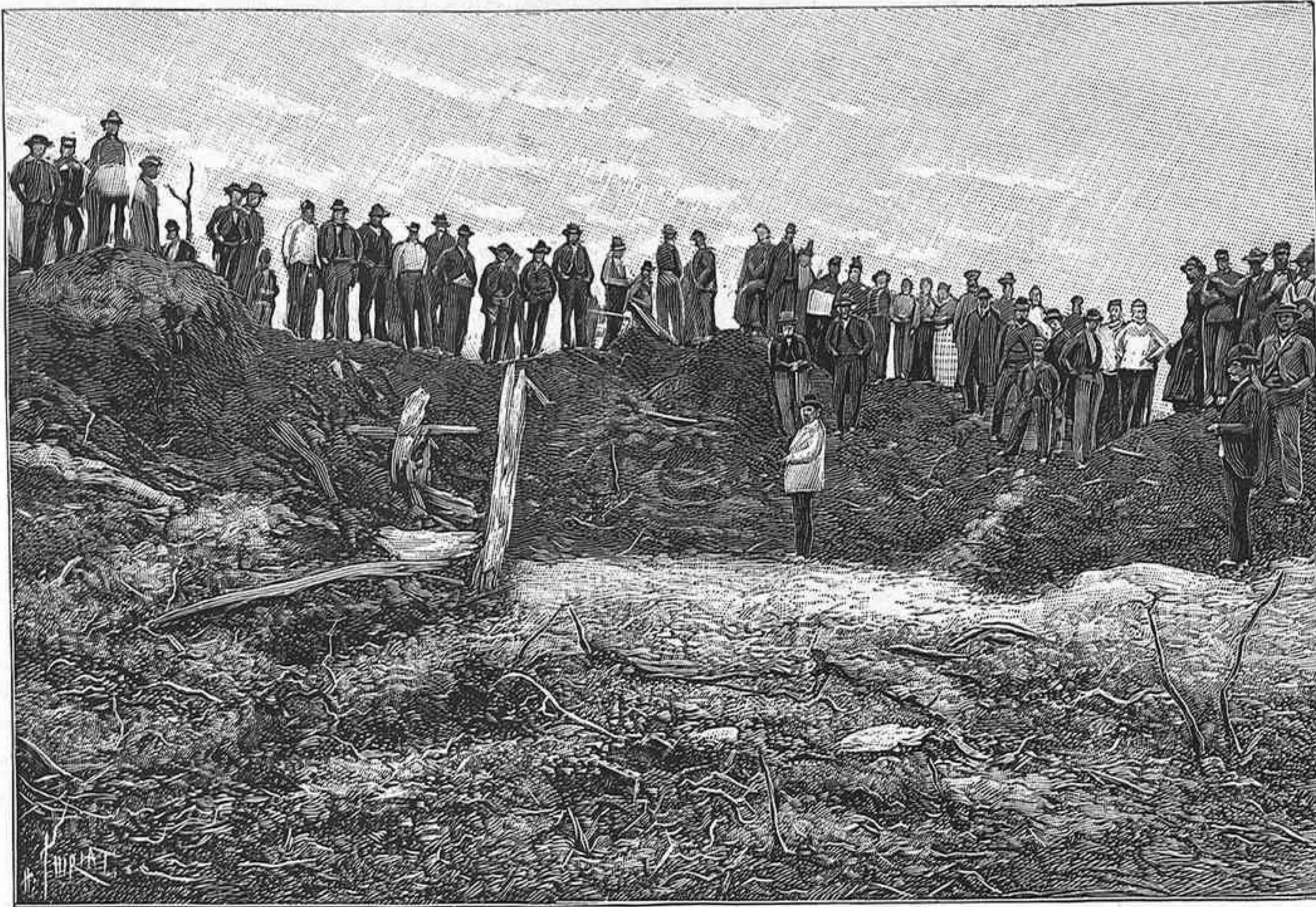
De todos modos reproducimos á título de curiosidad el invento de M. Stanford. — E. H.

\*\*

UNA EXPLOSIÓN FORMIDABLE DE NITROGLICERINA

La escena que reproduce el adjunto grabado es copia de una fotografía tomada tres horas después de una terrible explosión de un cargamento de nitroglicerina que *El Centinela* de Fort-Wayne (Indiana) refiere en los siguientes términos:

«El 26 de abril último, un joven de diez y ocho años guiaba un carro tirado por dos caballos que contenía más de 500 kilogramos de nitroglicerina de la fábrica del *Empire glycerine C.*, destinada á los pozos de petróleo en perforación en los alrededores de Montpellier, (estado de Indiana), cuando á consecuencia de un choque, cuya verdadera causa quedará para siempre ignorada, la carga hizo explosión, produciendo una escena de horror indescriptible: el carro, los dos caballos y el conductor quedaron reducidos á polvo, y cuando, advertida por el ruido, acudió la población al lugar del siniestro, no pudo descu-



Lo que ha quedado de un carro de transporte cargado con 500 kilogramos de nitroglicerina (de una fotografía)

brirse el menor vestigio del vehículo, ni los animales, ni el carretero, cuyos fragmentos habían sido proyectados á muchos kilómetros de distancia. Un gran número de corpulentos árboles de las inmediaciones, arrancados de raíz, aparecían destrozados y á una distancia de varios metros; los cristales de las ventanas de las casas comprendidas en un radio de más de tres kilómetros del lugar de la explosión habíanse roto en mil pedazos. El sitio en que la explosión se produjo marcábase por un gran agujero cónico de unos cinco metros de profundidad, de diez metros de diámetro en el fondo y veinte en la superficie.

tran en las fábricas en donde se produce la nitroglicerina, algunos de cuyos talleres han quedado destruidos por efecto de las explosiones.

Citaremos finalmente el vagón de dinamita que hizo explosión en América, en la línea de Filadelfia, ocasionando la muerte de siete personas y derribando ocho casas.

La conclusión que se desprende de todos estos desastres originados por los progresos de la química moderna, es que en punto al transporte de materias explosivas tan peligrosas, toda precaución es poca, por muy exagerada que parezca. — X.

A 1.500 metros del punto en que ocurrió la catástrofe se encontraron algunos restos del traje del conductor y algunos fragmentos de los caballos y del carro. El ruido de la explosión oyóse en la ciudad de Bluston, á más de cuarenta kilómetros de distancia, y las vibraciones de los cristales hicieron creer á muchos de los habitantes de aquella población que se trataba de un temblor de tierra. Varias reses murieron por efecto de la explosión en los lugares cercanos al en que ésta había ocurrido, y algunos caballos espantados escapáronse de la ciudad de Bluston.»

Nuestros lectores no habrán olvidado sin duda la terrible catástrofe del vapor *Cabo Machichaco*, que sembró de cadáveres y ruinas hace dos años la ciudad de Santander, á consecuencia de la explosión de la carga de nitroglicerina que aquel barco conducía.

Recordaremos también los desastres que se registran en las fábricas en donde se produce la nitroglicerina, algunos de cuyos talleres han quedado destruidos por efecto de las explosiones.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK**  
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curadas ó prevenidas. (Rótulo adjunto en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY  
 Y en todas las Farmacias.

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.  
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.  
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Depósito en todas las Farmacias  
 PARIS, 31, Rue de Seine.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.  
 Escribir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
 PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES et Co  
 2, St-Denis, 48

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los *flujos*, la *clorosis*, la *anemia*, el *apocamiento*, las *enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *esputos de sangre*, los *catarros*, la *disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del *Agua de Léchelle* en varios casos de *flujos uterinos* y *hemorragias en la hemotisis tuberculosa*.  
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

**MAREO PELAGINA**  
 RESULTA COMPLETO en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.  
 IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En frascos, frascos 5, 3 y 1 fr. 50  
 E. FOURNIER Farmo, 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.  
 MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.



Epílogo, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895)

# VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

**POLVO DE ARROZ EXTRA**  
preparado con bismuto  
por **Ch. Fay**, perfumista  
9, Rue de la Paix, PARIS

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

## Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART. EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**CASTRITIS - CASTRALCIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

## JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

## REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos  
Alivia y Cura **CATARRO,**  
**BRONQUITIS,**  
**OPRESION**

# ASMA

y toda afección  
Espasmódica  
de las vías respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata.  
J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, P<sup>os</sup>. 102, R. Richelieu, Paris.

Las  
Personas que conocen las

## PILDORAS de DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan- cio que la purga ocasiona queda com- pletamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

## Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas  
Afecciones del Corazon,  
Hydropesias,  
Toses nerviosas;  
Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los  
Ferruginosos contra la  
Anemia, Clorosis,  
Empobrecimiento de la Sangre,  
Debilidad, etc.

## Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

## Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

## Pildoras y Jarabe de BLANCARD

Solucion **BLANCARD**  
y  
Comprimidos  
de Exalgina

Con Ioduro de Hierro inalterable.

**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMOS**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS**, etc., etc.

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS  
**DOLORES** DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.  
**CONTRA EL DOLOR**

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

## CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

# VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energetico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la **Energia vital.**

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

# PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN